2. N. 182

RAQUEL,

TRAGEDIA EN TRES ACTOS.

SU AUTOR

DON VICENTE GARCÍA DE LA HUERTA.

PERSONAS.

Alfonso Octavo, *Rey de Castilla.*
Raquel, *Judía.*
Ruben, *Confidente de Raquel.*
Hernan García de Castro, *Rico Hombre.*
Alvar Fañez, *Idem.*
Garcerân Manrique de Lara, *Idem.*
Castellanos.
Guardia del Rey.
Acompañamiento de Judíos y Judías.



ACTO PRIMERO.

En el antiguo alcázar de Toledo salon comun de audiencia, con silla y dosel Real en su fondo. Salen Garcerán Manrique y Hernan García.

Man. Toda júbilo es hoy la gran Toledo:
el popular aplauso y alegría
unidos al magnifico aparato,
las victorias de Alfonso solemnizan.
Hoy se cumplen diez años, que triunfante
le vió volver el Tajo á sus orillas,
despues de haber las del Jordan bañado
con la persiana sangre y con la egipcia:
segundo Godofredo, cuya espada
de celestial impulso dirigida,
el cuello amenazó del Saladino,
tirano pertinaz de Palestina;
quando el poder, y esfuerzo castellano
cobró en Jerusalen la joya rica
del Sepulcro de Cristo con desdoro
del frances Lusiñan antes perdida;
y hoy tambien hace siete, que postrado
el orgullo feroz de la morisma,
le aclamaron las Navas de Tolosa
por sus proezas Marte de Castilla:
y ofreciendo los bárbaros pendones
por tapetes del templo de María
perpetuó de la hazaña la memoria
con la celebridad hoy repetida.
En confuso tropel el pueblo corre
por ver á su monarca, que este dia
dejándose gozar de sus vasallos.

hacer mayor la fiesta determina.
La corte toda al templo le ha seguido:
y pues que nuestra falta conocida
no podrá ser en tanta concurrencia,
esperemos en estas galerías
á que vuelva, si quiere honrar el lado
de Garcerán Manrique, Hernan García.

Garc. Sí, Garcerán: agradecido admito
tu cortés expresion; mas no repitas
memorias, que ó del todo están borradas,
ó tan notablemente obscurecidas.
Esperemos, sí, á ver con indolencia,
que en tan enorme subversion prosiga
el desórden del reino y su abandono,
del intruso poder la tiranía,
el trastorno del público gobierno,
nuestra deshonra, el lujo, la avaricia,
y todo vicio en fin, que todo vicio
en la torpe Raquel se encierra y cifra:
en ese basilisco, que de Alfonso
adormeció el sentido con su vista
tanto, que solo son sus desaciertos
equívocas señales de su vida.
Siete años hace que el octavo Alfonso
volvió á Toledo en triunfos y alegrías,
y esos hace tambien que en vil cadena
trocó el verde laurel que le ceñía.
¿Pues cómo, cuando dices sus hazañas,
Garcerán, no repites la ignominia,
conque hace tanto tiempo que en sus lazos
enredado le tiene una judía?
¿Cómo, cuando sus triunfos nos refieres,
la esclavitud ignominiosa olvidas
de la plebe infeliz sacrificada
de esa ramera vil á la codicia?
Cómo de la nobleza y de sus fueros
omites el ultrage y la mancilla?
Reina es Raquel: su gusto, su capricho,
una seña no mas ley es precisa
del noble y del plebeyo venerada.
Estas hazañas añadir debias
á la historia de Alfonso, si te precias
de ser, ó Garcerán, su coronista.

Man. Permíteme admirar el que así olvides
la obligacion, Hernando, de la antigua
nobleza de tu sangre. Los leales
jamás acciones de su Rey critican,
aun cuando el desacierto los disculpe.
Los Reyes dados son por la divina
mano del cielo; son sus decisiones
Leyes inviolables, y acredita
su lealtad el vasallo, obedeciendo.
Quien sus obras censura, quien aspira
á corregir sus yerros, el derecho
usurpa de los cielos, y aun vendria
á ser audacia atroz...

Garc. Cuando se aparta
de lo que es justo el Rey, cuando declina
del decoro, que debe á su persona,
lealtad será advertirle, no osadía.
En el excelso trono es donde debe
resplandecer mas tersa la justicia;
y un Rey con sus acciones mayor cuenta
debe tener: que el vicio que sería
apenas conocido en las cabañas,
si en los palacios reina, escandaliza.

Man. El que profiera quejas....

Garc. No me quejo
de Alfonso yo: lamento la desdicha
de este reino infeliz, presa y despojo
de una infame muger prostituida:
del Rey el ciego encanto, las prisiones
conque esta torpe hebrea le esclaviza:
la soberbia, el orgullo, el despotismo
conque triunfa del reino cada dia.
La primera persona de la corte
es Raquel: á su obsequio se dedican
los grandes y pequeños, que presume
ser las bajezas puertas de la dicha.
Quién, Garcerán no teme, aunque su ilustre
nacimiento y conducta le distingan, (t
caer en su desgracia? De su arbitrio
penden honor, hacienda, fama y vida:
agotados del reino los tesoros
tiene su profusion: su altanería
por sumision, adoracion pretende;
besarla el pie, doblarla la rodilla,
el medio de medrar es en la corte.
Y esto los ricos hombres de Castilla
deben sufrir? Es esto ser leales?
esto no es lealtad, es villanía.

Manr. Conozco tu razon; veo que Alfonso
hácia su perdicion se precipita:
de Raquel la injusticia considero:
pero Alfonso es mi Rey: Raquel me obliga
con beneficios: fiel y agradecido
debo ser á los dos; que ofenderia,
si obrara de otro modo mi nobleza.
Mas Raquel sale.

Garc. Qué desvanecida

la tiene su privanza y su fortuna!
Manr. Qué belleza tan grave y peregrina!
Garc. Y qué bien entre godos capacetes
pareceu, Garcerán, tocas judías!

Salen Raquel, Ruben y acompañamiento de judíos y judías.

Raq. O Garcerán!
Man. En hora buena salga
á dar esmalte nuevo al claro dia
la aurora de Toledo. Tantos siglos
goces esa beldad, Raquel divina,
cuantas arenas de oro el rico Tajo
revuelve en sus corrientes cristalinas.
Garc. Qué torpe adulacion!
Raq Tanto agradezco,
Manrique, tu atencion, cuanto me admira
ver, que los ricos hombres desamparen
de Alfonso el lado en tan notable dia;
y ociosos en las cuadras de palacio
asistan, cuando fuera mas bien vista
la asistencia á su rey, en los que tanto
se precian de leales.
Garc. Qué osadía!
Man. Yo... Raquel... Mi respeto...
Garc. Su respeto *á Manrique.*
los nobles á su Rey solo dedican.
á Raquel.
Cuando Alfonso en la Navas de Tolosa
esgrimió contra alarbes la cuchilla;
ó cuando los persianos escuadrones
en los campos domó de Palestina,
entónces le seguí, sin que á su lado
faltase mi persona noche y dia.
Mas ahora, que en fiestas se entretiene;
que no hay fieros contrarios que le envis- (tan;
y que guerras de amor solo sustenta,
no ha menester, Raquel, mi compañía.
Tropas de aduladores le acompañen
de tantos que alimenta la codicia,
mientras viva en su corte: que en campaña
siempre el primero fué Fernan García.
Raq. Qué presuncion tan fiera! Tus razones
bien la aspereza bárbara acreditan
de tu rústica cuna, y tu crianza.
Lo inculto de los montes de Castilla
no llevan fruto menos desabrido
que tu barbaridad y grosería.
Patria de fieras, y de atrevimientos
han sido siempre: bien lo califica
la avilantez conque de Alfonso el nombre
ha insultado tu voz. Y si se fia
en su piedad el grave desafuero,
conque á él te atreves, advertir debias,
que aunque piadoso es rey: que de su arbi-
dependen las fortunas y las vidas: (trio
y no están muy seguras las del necio,
que no teme á Raquel por su enemiga.
Garc. Qué vanas amenazas! Los vasallos
que como yo su lealtad confirman
con tantas pruebas: que su sangre ilustre
en defensa de Alfonso desperdician:
aquellos que en sangrientos caractéres
de heridas por su nombre recibidas
llevan la egecutoria de sus hechos
sobre el noble papel del pecho escrita,
ni temen amenazas, ni calumnias,
por mas que les combata la malicia.
Pero á tí, á quien estéril de esos montes
el terreno parece, es bien que diga,
(para que de un error te desengañes)
que á esas montañas que desacreditas,
la libertad de España se les debe;
que en el alarbe yugo gemiria
por ventura hasta hoy, si su aspereza
no hubiese producido esclarecidas
almas, que con valor y atrevimiento
sacudiesen del cuello la ignominia.
Y no cansado su feraz terreno
espíritus produce todavía,
que el vicio y la maldad abominando,
poderla derribar al fin confian
del supremo lugar, del alto asiento
que tan indignamente tiranizan. *Vase.*
Ra. Qué esto sufra! qué siendo yo de Alfon-
dueño absoluto, (ocábenme mis iras) (so
á ultrajarme se atreva así Fernando!
Visteis tal libertad, tal osadía?
De qué el poder me sirve, si a mis plantas
no ofrece el labio, la cerviz no humilla?
Pero hoy verá Toledo con asombro
castigadas sus locas demasías.
O cuánto Alfonso tarda! Ya el deseo
de ver sus altiveces abatidas
impaciente me tiene. Tú, Manrique,
advierte luego á Alfonso.
Man. Si te obliga
con esto mi obediencia, ya te sirvo. *Vase.*
Ra. Ruben, soy yo Raquel? Soy quien solia
en el alma de Alfonso, y en su corte,
ser adorada en vez de obedecida?

Soy quien las riendas del gobierno tiene
en sus manos? quien premia, y quien casti-
Sácame ya, Ruben, de tanta duda: (ga?
que al verme así ultrajada y ofendida,
mi poder y mi suerte desconozco,
y pienso que no soy la que solia.

Rub. No al enojo la rienda, Raquel bella,
sueltes así. De Hernando la osadía
honras con tu pesar. Yo te he criado;
por mi astucia, Raquel, y mi doctrina
te has dirigido en toda su privanza,
desde el dia feliz, en que rendida
al imperio quedó de tu hermosura
de Alfonso octavo la soberanía.
Que acertados han sido mis consejos,
sus felices efectos acreditan.
Esta verdad supuesta, la venganza
no está en tu mano? Pues por qué fatigas
tu corazon con tales sentimientos?
Muera Fernando, muera quien irrita
á Raquel; y si el reino se le atreve,
libre de su rigor no quede vida;
pero sea, Raquel, con disimulo:
no armes con amenaza la malicia:
sientan el golpe los que te ofendieren,
primero que el amago de tus iras;
Alfonso cuanto pides te concede:
su corazon, su cetro y monarquía
riges á tu albedrío. Pues si tanto
te puedes prometer, en qué vacilas?
Muera Fernando, el pueblo, la nobleza,
y si te ofende, abrásese Castilla.

Ra. Abrásese Castilla, y muera Hernando:
sí, Ruben; mas tan graves demasías
no deberán sentirse?

Rub. No lo niego:
mas deberán hallarte prevenida.
Siempre el favor persiguen enemigos,
que es la privanza madre de la envidia.
Los ricos hombres tienes agraviados;
pues los honores que á ellos se debian,
por tu mano se dan á los hebreos.
Si los ofendes tú, qué maravilla
es que se quejen ellos? Mas ya el ruido
manifiesta, que Alfonso se aproxima.
Ya llega.

Raq. Ahora de mi justo enojo
tendré satisfaccion; verá García,
si se ofende á Raquel impunemente,
y si es bien temerario quien la irrita.

Salen Alfonso, Manrique, Alvar Fañez y acompañamiento.

Alf. Aplíquese al desórden el remedio,
Alvar Fañez, si da lugar la ira
al discurso.

Ra. Admitid, amado Alfonso, (*de rodillas*)
una alma ...

Alf. Raquel, calla: no prosigas: *apartándola*
no cuando el corazon en iras arde,
ahogue las venganzas que fulmina.
Segunda Troya al fuego de mi enojo
ha de ser hoy Toledo: quién creeria
tan audaz desacato? Se ha olvidado
Castilla, de que Alfonso la domina?
Sabe que aquesta espada, aqueste brazo
es segur de la parca contra vidas
de traidores? y qué... Pero, qué dudo?
Lugar no quede, puesto no se omita
sin exámen: procúrese el aleve
autor de aquella voz tan atrevida,
tan indigna de pechos castellanos:
los cómplices se busquen que la animan:
que á mi poder protesto, y á los cielos
que el grave desacato escandaliza,
que ha de ser mi venganza y su castigo
asombro de Toledo y de Castilla.
Parte tú, Garceran: los sediciosos
asegura si puedes ó averigua,
que ha de ver hoy España y todo el orbe
si Alfonso octavo de quien es se olvida.

Man. No quedará lugar que no se inquiera
en busca del traidor. *Vase.*

Alvar Fañ. Tan conmovida
está Toledo, que será difícil
poderla sosegar.

Alf. Pues miéntras rija
este brazo el acero victorioso,
rayo que intentos barbaros derriba,
tiemble Castilla, España, Europa, el orbe
de Alfonso la venganza.

Raq. Sumergida
estoy en confusiones.

Alf. Tú, Alvar Fañez,
sígueme.

Ra. Así, Alfonso, de mi vista *deteniéndole*
sin oirme te apartas? En qué culpa
ha incurrido mi amor? Tú te retiras
de mí, grave y severo? Qué mudanzas
son aquestas, Señor?

Alf. Nada me digas;

aquesto es ser Alfonso desdichado,
y Raquel la ocasion de sus desdichas.
Vase con el acompañamiento.
Raq. Ay de mí, qué he escuchado! Tú Alvar Fañez,
explícame este arcano.
Alvar Fañ. Pues te avisan
que eres tú la ocasion de tantos males,
la respuesta te puedes dar tú misma. *Vas.*
Raq. Estoy despierta, ó sueño por ventura?
A Ruben.
Rub. No sé, Raquel: la misma duda agita
mi discurso y razon, imaginando
que es cuanto he visto, sueño ó fantasía.
Raq. Qué especie de dolor tan inhumano
es este, ó corazon, que por primicias
de los males y sustos que me aguardan,
me ofrece la tirana suerte mia?
Quién de tanto favor se prometiera
tan no esperada, tan mortal caida?
y quién, hecha, fortuna, á tus halagos
pudiera recelarse tal desdicha?
Alfonso me aborrece: sus desvíos
de mis temores la verdad confirman:
pues cómo podrá ser ya venturosa,
la que se ve de Alfonso aborrecida?
qué necio quien se fia de la suerte,
sin advertir, que el tiempo y que los dias,
que ciudades destruyen y edificios,
favores y privanzas aniquilan!
Qué causa puede haber, amado Alfonso,
para tanto desvío? mis caricias
en qué te han ofendido, que por premio
solo odio y desagrado se concilian?
Mas ay de mí! que en vano me desvelo,
en buscar la ocasion de mis fatigas;
pues la suerte que empieza á perseguirme,
por doblarme el dolor. querrá encubrirla.
Rub. Así, Raquel, tu corazon desmaya
en tan fuerte ocasion, donde es precisa
la constancia mayor? En los principios
si un mal, aunque sea leve, se descuida,
fuerzas del abandono va cobrando,
que el remedio despues inutilizan.
Reciente es este mal; aun se está en tiempo
de poderle acudir; quien averigua
la causa de un dolor, con mas acierto
aplicarle podrá la medicina.
Inquiérase, Raquel, de esta desgracia
la ocasion; que despues de conocida,
si no cede á remedios ordinarios,
buscará los extremos mi malicia.
Ra. Bien, Ruben, me aconsejas: en qué dudas?
al yugo vuelva la cerviz altiva
segunda vez Alfonso: el fin se logre,
y el medio sea cualquiera que tú elijas.
Lícito es cuanto sea conveniente:
propia moral de la venganza mia.
Ruido dentro.
Mas ay de mí! qué estrépito confuso
oir se deja? El alma pronostica
el corazon, latiendo apresurado,
algun cercano mal.
Rub. Ya mas distintas
se perciben las voces: nunca pruebas
mayores dió de sí la cobardía,
que al escuchar rumor tan temeroso.
Voz dent. Muera Raquel, para que Alfonso viva.
Raq. No es delirio: verdad es la que toco:
y esto sufre mi enojo? esto mis iras?
Espera, vulgo bárbaro, atrevido,
que si mi sangre á derramar conspiras,
verás que á costa de la tuya sabe
defender y guardar Raquel su vida.
Mas ay de mí infeliz! adónde corro
sin consejo, ó Ruben? Ya se averiguan
las causas del enojo y del desvío
de Alfonso: quién lo duda? Hernan García
el pueblo ha sublevado. Qué consejo
me das, Ruben?
Rub. Ceder á la desdicha. *Vase.*
Raq. Tú tambien me abandonas?
Sale Man. Si procuras
la vida conservar, que aquí peligra,
huye, Raquel; en la vecina torre
de este alcazar te salva; conmovida
está toda Toledo en daño tuyo;
huye del riesgo, el mal presente evita.
Raq. Ay de mí! qué es posible lo que escucho?
Que hicieses mutacion tan repentina,
engañosa deidad, que la que un tiempo
tanto elevaste, así la precipitas?
Mas si es fuerza ceder á la fortuna,
huyamos ya, Raquel: de asilo sirvan
hoy á tus desventuras esas torres,
que fueron el teatro de tus dichas.
Vase.
Man. Ya se fué. El alboroto va creciendo:
pero ya el Rey...

Salen Alfonso, Alvar Fañez y acompañamiento.

Alf. Manrique...? *apresurado.*

Man. Quién podria
persuadirse, Señor, tal desacato?
El pueblo como el ruido lo publica,
el alcazar rodea: en grave riesgo
está vuestra persona: la atrevida
voz que se oyó en el templo esta mañana,
el vulgo alborotado abanderiza;
y cuando yo pensaba contenerle,
como mandaste, ví que Hernan García
el intento feroz acaudillando,
la accion acaloraba, y en la grita
era el primero á quien se le escuchaba:
muera Raquel, para que Alfonso viva.

Alf. Qué es esto? pudo Hernando (es increi-
cometer tan infame bastardía? (ble
Hernando, aquel que ha dado tantas prue-
de su fidelidad, ahora conspira (bas
contra mí? aquel Hernando?

Manr. El disimulo
mas culpable, Señor, y mas indigna
hace toda traicion.

Alv. Fañ. No así motejes,
si otra prueba no tienes mas precisa,
de Hernando el proceder.

Man. Tú le disculpas?

Al. Fañ. Yo de un noble jamas alevosías
me persuado, y el crédito suspendo
en caso igual á la evidencia mi ma.

Alf. Pues yo por alevosc le declaro:
quien tropas de traidores acaudilla,
quien á su Rey se atreve, no merece
otro nombre, otro trato, otra divisa.
Mas si es traidor Hernando, su garganta
el filo probará de mi cuchilla,
contra alientos y espíritus aleves
centella de las nubes desprendida.
Hernando muera, mueran los traidores
que me ofenden con él, y....

Sale García.

Garc. Bien fulminas *arrodillándose.*
contra mi esa sentencia, Hernando muera:
en su sangre se embote la hoja limpia
de tu acero; pues siendo en tu desgracia,
no apetece vivir Hernan García.

Alf. Cómo, traidor?

Garc. Injustamente, Alfonso,
Poniéndose en pie.
ese nombre me das; y pues te olvid
de mi fé y lealtad, que bien debier
tener con tantas pruebas conocidas,
escúchame, y suspende por un bre
momento los enojos que te incitan,
conocerás tu engaño, y la calumni
conque á mi honor se atreve infame
vidia.

Alf. Qué disculpa has de hallar que
nar pueda
tu exceso, tu traicion, y tu osadía

Garc. Sabrásla, si me escuchas.

Alf. Pues empieza:
aunque por este instante para oirla,
sin olvidar tu ofensa, mis enojos,
mi indignacion, y mi furor reprim

Gar. Esa voz, que de escándalo y desó
el viento puebla, ó noble Alfonso oct
monarca de Castilla, quien por sigl
cuente el tiempo feliz de tu reinad
esa voz, que en el templo originad
profanó del lugar los fueros santos,
y de la magestad los privilegios
tan injuriosamente ha vulnerado:
si el fin, si los intentos se examinan,
y el celo que la anima contemplam
aliento es del amor mas encendido,
voz del afecto mas acrisolado.
Voz es de tus vasallos, que de serlo
testimonio jamas dieron mas claro,
que cuando mas traidores te parecen,
que cuando los estás mas infamando.
Estos, porque tu error se desvanezc
los mismos son, que en tus primeros añ
cuando para el recobro de tus rein
Marte armó de valor tu tierno braz
por tu amor derramaron de sus venas
la hidalga sangre: los que acompañan
el cruzado pendon en Palestina,
rey de Jerusalen te coronaron.
Estos los mismos son que al luso alti
el bravo aragonés con el navarro,
fieros usurpadores de tus tierras,
echaron con baldon de tus estados:
los que postrando el leonés orgullo
en Palencia y Simancas, desterraron
de Fernando el dominio ó tiranía,
que vínculos de sangre pretextando,
se arrogó tu tutela, cuando fuiste
pupilo en nombre, en realidad escla

Aquellos son, cuyas gloriosas armas
de Tolosa en las Navas, y en Alarcos
terror y afrenta tantas veces fueron
de inmensos escuadrones de africanos.
Estos, Alfonso, son los que te hablan
por mi boca: los mismos que postrados
á tus pies el remedio solicitan
de extremos males, de insufribles daños.
Cuán grandes estos sean, bien parece
que no hay necesidad de recordarlo,
cuando para notarlos y advertirlos,
cada rostro te muestra su retrato.
Repara en tus vasallos: sus semblantes
te pintarán con infelices rasgos
la triste situacion en que se hallan
sus altivos espíritus gallardos.
Pero cómo han de estar sino marchitos
campos á quienes niega el Sol sus rayos,
jardines que descuida el jardinero,
flor que no riega diligente mano?
Los campos del imperio de Castilla
del valeroso Alfonso abandonados
solo espinas producen y venenos,
que ofenden y atosigan sus vasallos.
Raquel..Permite, Alfonso, que la nombre,
y si te pareciere desacato
que quejas de Raquel se te repitan,
pague mi cuello culpas de mi labio.
Raquel (vuelvo á decir) no solamente
el reino tiraniza castellano;
no solo de los ricos hombres triunfa,
no solo el pueblo tiene esclavizado,
no solo ensalza viles idumeos,
no solo menoscaba tus erarios,
no solo con tributos nos aqueja,
sino que (lo que es mas) de Alfonso octavo
el alma y los sentidos de tal suerte
domina y avasalla, que postrado
obscuramente yace en su ignominia,
siendo mofa de propios y de extraños.
Ya no conquista Alfonso: ya no vence:
ya no es Alfonso rey: aprisionado
le tiene entre sus brazos una hebrea;
pues, cómo ha de ser rey el que es esclavo?
Estos los timbres son de tus victorias?
Este el fin de tus triunfos y tus lauros?
De este modo coronas tus hazañas?
Para esto de la fama al metal claro
diste glorosia voz con tus proezas?
Para esto al noble esfuerzo de tu brazo
venciste reyes, conquistaste imperios?
Sí: para que Raquel atropellando
tus glorias, tus hazañas, tus conquistas,
tus timbres adquiridos y heredados,
obscureciese, Alfonso, tu memoria,
deshonrase tu nombre y tu reinado.
Si solo el fin los hechos califica,
qué sirven los principios acertados,
cuando son desaciertos los extremos?
Qué importa, Alfonso, que en tus tiernos años
llenases con tu nombre todo el orbe,
si es ignominia ya lo que fue aplauso?
Recuerda, pues, de tan pesado sueño,
y sacudiendo este infeliz letargo,
oye de tus vasallos los clamores,
si algun sentido perdonó el encanto.
Advierte el deshonor que te resulta
de comercio tan torpe, y los estragos
que va causando en los cristianos pechos
del vil hebreo el peligroso trato.
Esta es la voz del pueblo que te adora
de su misma pasion arrebatado.
No disculpar pretendo la osadía;
los medios culpo, cuando el fin alabo.
Sin mi noticia el pueblo se conmueve:
yo lo digo, y pudiera confirmarlo,
si mi verdad necesitase pruebas,
algun adulador que está escuchando.
Por contener la furia impetuosa
que en mí se compromete, yo me encargo
de exponerte las quejas y motivos
que ocasionan el bárbaro atentado.
Este el suceso ha sido, esta mi culpa:
ni me arrepiento, ni la accion retracto.
Mas si acaso te ofenden estas quejas,
y el enojo y pasion te ciegan tanto,
que á castigar te incitan por delitos
las pruebas del amor mas acendrado,
esgrime ya los filos de tu acero
contra mi cuello fiel, que está esperando

Arrodillándose.

darte de mi lealtad el testimonio
postrero con la sangre confirmado.

Alf. ¿Qué secreta violencia y poderío
encierra la verdad, ó cielo santo,
que cuando van á fulminar mis iras
venganzas y castigos; cuando el brazo
va á egecutar el golpe de su enojo,
queda al oirle inmóvil y pasmado?

Alzando á García.

Mas ay de mí! que tanta fuerza tiene
la virtud. Ya su imperio sòberano
en tus voces, Fernando, reconozco,
y adoro sus preceptos en tus labios.
Soy Alfonso? soy rey? soy de Castilla
el invicto caudillo, y quien la ha dado
tantas victorias? Ya mi error conozco:
ya advierto mi pasion, veo mi engaño,
y ya, ó divina luz, con tus reflejos
todo el horror descubro de este encanto.
Ya el letargo detesto en que he vivido:
ya, nobles y leales castellanos,
sobre sí vuelve Alfonso á los avisos
que á sus errores vuestro amor ha dado.
Hoy vereis, que si escándalo del reino
ha sido su abandono tantos años,
la enmienda que medita, á borrar basta
del yerro la memoria y el retrato.
Salga Raquel del reino: los hebreos
salgan tambien con ella desterrados;
que ni quiero delicias, ni riquezas,
si en perjuicio han de ser de mis vasallos.
Tú, Fernando, del pueblo conmovido
sosiega el alboroto; y tú entretanto,
Alvar Fañez, dispón que del destierro
se formalicen el decreto y bando.
Triunfe esta vez de sí, quien tantas veces
supo triunfar de egércitos contrarios,
y añada á sus vasallos esta prueba
del amor que les tiene Alfonso Octavo.

Garc. Permíteme, que el labio humilde imprima
en tu planta real. *Arrodillándose.*

Alvar Fañ. Deja que dando

Arrodillándose.

muestras de gratitud mi gozo explique.

Alf. No os detengais, que el pecho atormentado
está en la dilacion.

Alvar Fañ. Ya te obedezco. *Vase.*

Garc. A egecutar, Alfonso, tus mandatos,
parto veloz. A tu benigno imperio
erigirá Castilla simulacros. *Vase.*

Alf. Qué es esto, Garcerán, que por mí pasa?
Pero, qué dudo? Parte apresurado:
busca al punto á Raquel: di, que la espero.

Man. Lo haré, como mandais. *Vase.*

Alf. Tiranos astros,
dónde llega el rigor de vuestro influjo?
Esta pena, este golpe reservado
me teniais? Alfonso de sus fieles
castellanos con tanto desacato
requirido? no es este atrevimiento?
No; que la pretension es justa, y c...
con razon pide el súbdito no ofend...
que de culpa le absuelve y atent...
lo justo de la instancia. Qué cong...
qué pasiones y efectos tan contra...
atormentan al alma! Qué es posib...
que á su reino motivo Alfonso ha...
para que á su decoro se le atreva?
Mas ó cuán neciamente que lo ex...
No se ha olvidado Alfonso de sí m...
pues qué mucho es, le olviden sus va...
Pero Raquel no sirve á mi locura
de disculpa? el dulcísimo milagro
de su beldad? O suerte rigurosa!
con cuánta confusion lidio y bata...
Pero no soy Alfonso? De Castilla
el monarca no soy? Ceda al sagra...
ser de la magestad un vil afecto.
Las débiles pasiones de lo humano
á la vista del sólio desparezcan.
Deshaga de mi juicio los nublados
la luz de la razon, que ya despier...
del letargo mortal de tantos años.
Pero aquí Raquel sale.

Sale Raq. En tu presencia
á Raquel tienes ya: del vulgo air...
entrégala al furor y la venganza:
redime tu peligro con su daño.
No me llamas para esto? Esta fi...
no es el premio que tienes prepar...
á mi amor? en qué dudas? Raquel m...
muera, pues en amarte te hace ag...

Alf. Cuánto, hermosa Raquel, mi amo...
No añadas al dolor que sufro y paso
de tu insulto el rigor y tirania.
Yo darte á tí la muerte! yo que te...
que solo á influjo de tus ojos vivo!
que apetezco la vida solo, en cu...
ofrenda puede ser tu belleza!
Tal presumes de mí? O cuán cont...
es mi intento, Raquel! Salvar tu v...
á costa de la mia, es lo que trato.
El pueblo (ya lo ves) que Raquel m...
ó salga de Toledo, está clamando.
O qué extremos, Raquel, tan rigu...
Quién el medio hallara de conci...
Mi valor y poder no son bastant...

á refrenar su orgullo. Si retardo
cumplir su gusto, á su furor te expongo:
si de mi alcázar, ó Raquel, te aparto,
cierta es mi muerte. Pues Alfonso muera;
muera yo si á Raquel la vida salvo.
Esto ha de ser, Raquel.
Raq. Qué en fin dispones
apartarme de tí?
Alf. El rigor del hado,
mi desgracia pronuncia esta sentencia;
el Pueblo te condena, no mi labio.
Raq. Tropas son de traidores sediciosos.
Alf. Sí; pero prevenidos y arrestados.
Raq. Pues castiga su loco atrevimiento.
Alf. Cuando fuera posible egecutarlo,
temiera que la mina rebentara,
y causase en tu vida mil estragos.
Raq. Desecha ese temor: arma tu diestra;
y si acaso el horror te oprime tanto,
que tu antiguo valor inhabilita,
por tí este empeño tomára mi brazo.
Pues si enciendo la cólera en mi pecho,
si el hierro empuño, si el arnés embrazo,
Semíramis segunda hoy en Toledo
á tus pies postraré cuantos osados,
cuantos rebeldes, cuantos alevosos
aliento dan al sedicioso bando.
Alf. Deten, Raquel, la planta: no al peligro
así te precipites sin reparo.
Que te ausentes es fuerza.
Raq. Tú lo mandas?
Alf. Yo que te adoro, yo, Raquel, lo mando.
Ra. Tú en fin, para que muera, me destierras?
Alf. Yo: porque pienso, que tu vida guardo,
á morir de esta ausencia me condeno.
Raq. Qué no hay remedio?
Alf. Yo ninguno alcanzo.
Raq. Y cuándo he de partirme?
Alf. Luego al punto:
pues cuanto mas, Raquel, se alargue el (plazo,
corres mayor peligro. Cuántas ansias
siente mi corazon al pronunciarlo!
A Dios, Raquel.
Raq. Qué en fin así me dejas? *deteniéndole.*
El cariño, Señor, de tantos años,
de tanto amor las prendas no te mueven?
Mi desconsuelo, mi dolor, mi llanto
desatiendes así?
Alf. Suerte enemiga,
á qué ocasion tan fuerte me has guiado!
Raq. Qué resuelves en fin?
Alf. Que partas luego.
Mas ay de mí! que aqueste duro fallo
contiene la sentencia de mi muerte.
Pero en qué me detengo? en qué reparo?
Huya Raquel á conservar su vida,
mientras queda á morir Alfonso octavo.
Vase.
Ra. Pues ya, Alfonso, que ingrato me aban-
desatento, cruel y temerario, (donas,
si me has amado, si en tu aleve pecho
de aquel volcan amante queda rastro,
permita el cielo, que estas cosas mira,
y está tu ingratitud considerando,
pases por el dolor de verme muerta
al acero cruel de tus vasallos:
que queriendo vengar estas ofensas,
no logre tu rigor egecutarlo;
que mi sombra interrumpa tu reposo,
y que en pesar continuo y largo llanto
llores la desventura, ingrato Alfonso,
que Raquel, por amarte, está esperando.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Raquel y Ruben.

Ru. Cómo en inútil llanto el tiempo pierdes,
engañada Raquel? así remedias
la ruina y eversion del pueblo hebreo?
Así, Raquel, redimes las miserias
de tu infeliz Nacion? Así el injusto
bando revocas? De esta suerte piensas
volver á tu perdido valimiento?
¿De tantos infelices las querellas,
que cifran en tu influjo sus alivios,
atiendes de este modo? el llanto deja:
deja inútiles quejas y sollozos
á mejor ocasion, y considera,
que el general destierro, que esperamos,
atemoriza à todos y consterna.
El pacífico hogar, el quieto albergue
edificados por las manos nuestras,
quedarán de su dueño abandonados
á injusto poseedor; y las riquezas,
que acumuló la industria y la fatiga,
apagarán su avara sed apenas.
Considéranos ya, que fugitivos
peregrinamos apartadas tierras,
y entre bárbaros dueños arrastramos,

del cuello esclavo la servil cadena.
Ancianos, niños, jóvenes, mugeres
de la suerte que aguardan, se lamentan,
y el triste sollozar del idumeo
música es, que al castellano alegra.
Reprime, pues, el llanto; y si pretendes
templar con él lo acerbo de tus penas,
resérvale á ocasion mas oportuna.
Del indignado Alfonso en la presencia
las perlas, que aquí viertes sin provecho,
de nuestra libertad rescate sean.

Raq. No, Ruben, con tan frívola esperanza
aumentes mi dolor; deja á mi pena,
que goce del alivio, que la suerte
por único recurso la reserva.
Nuevos tiempos, Ruben, nuevas fortunas
corren ya aquí. Mis lágrimas, que fueran
bastantes otro tiempo á dar al mundo
sentimiento y dolor, ya se desprecian:
ya en vez de compasion iras concitan.
Cuando Alfonso otra vez solo por ellas
la guerra declarara al universo,
del Tajo undoso la dorada vena
retroceder hiciera hácia su orígen,
la noche en claro dia convirtiera;
tanto en tan breve tiempo se ha mudado:
tan otro está que juzgo se deleita
en verlas derramar. Prueba costosa,
ay memoria infeliz! cruda experiencia
vienen de hacer, Ruben, las ansias mias
de lo poco que puedo, y valen ellas.
En medio de mis lágrimas amargas,
Alfonso, el mismo Alfonso me condena:
de su boca, Ruben, de mi destierro
he escuchado yo misma la sentencia:
de sí Alfonso me aparta riguroso.
Mire, si es bien, que de su mal se duela,
ó que admita esperanzas de consuelo,
quien tan contraria suerte experimenta.

Rub. No tan contraria es, como imaginas.
Los males cuando á ser extremos llegan,
como pasar no pueden de aquel punto,
que empiecen á ceder, Raquel, es fuerza.
Ya el desaire mayor has tolerado:
ya no hay (créeme Raquel) cosa que temas,
ya Alfonso arrepentido por ventura,
medios inquiere de templar tus quejas.
Solo de Rey respetos le contienen:
y si estos le obligaron á que hiciera
contra tu amor esfuerzos tan violentos,
no dudes, que en su pecho las centell
que apagar pretendió un temor en van
libre ya de él, con mas furor se enciend
Hondas raices el amor ha echado
en el alma de Alfonso: no se quiebra
cadenas, que labraron tantos dias,
Raquel, tan fácilmente como piensas
ni se puede borrar tan brevemente
la estampa, que en el pecho dejó impr
pasion tan generosa; pues no bastan
sustos, temores, sobresaltos, penas,
disgustos, amenazas, desventuras,
ni cuantos males la naturaleza
por mayorazgos repartió á los hombr
á retraer á quien amó de veras.
En tí la prueba tienes. Si del mundo
el dominio absoluto te ofrecieran:
si cuantas perlas el Oriente envia,
cuanto oro Arabia tiene, el Catay sed
púrpuras Tyro, olores el sabeo,
el turco alfombras, el persiano telas:
cuanto tesoro encierra en sus abismos
el hondo mar, y cuanta plata cuent
sudaron los famosos Pireneos,
cuando Vulcano liquidó sus venas:
si todo esto, Raquel, porque de Alfo
el amor desdeñases, te ofrecieran,
te moveria acaso? le dejaras?
pudieras olvidarle? Pues si encuentr
ese imposible en tí, ¿cómo presume
que Alfonso, cuya amante pasion c
egemplo singular ha sido al orbe,
olvidarse de sí tan breve pueda?
Delirio es de tu amor tal pensamien
recobra la esperanza, y aprovecha
si quieres remediar el mal presente,
Raquel, el corto tiempo que te que

Ra. Pues puedo prometerme algun reme
á tan extremo mal?

Rub. La diligencia
madre es de la ventura.

Raq. Y la que tiene
del rigor de su suerte tantas pruebas,
no será necia en esperar ventura?

Rub. Necedad es mayor, creer que deb
favorecer la suerte al negligente.

Raq. Cuando remedio ya ninguno qued
no es prudencia ceder á la desgracia?

Rub. Pero ninguno llamará prudencia,
persuadirse que son irremediables

los males de la vida. No hay adversa
fortuna, que la industria no deshaga
ó modere á lo menos.
Raq. Pues se encuentra
alguna que remedie tan gran daño?
Rub. Sí, Raquel, si á mi arbitrio te sujetas.
Ra. Ay, Ruben! mi esperanza á nueva vida
con tu discurso has vuelto. Ya se ahuyen-
con tus consejos sabios mis recelos, (tan
mi temor con tus graves advertencias.
Dispon, Ruben: Raquel obedecerte
solo sabrá.
Rub. Pues si á mi arbitrio dejas
de esta accion el gobierno, nada dudes;
cuenta como lograda ya la empresa.
Alfonso, compelido del respeto
de sus vasallos, hace resistencia
á su amor, y en su cuarto retirado
finge desvíos, desamor afecta.
Pero yo sé, Raquel, que interiormente
por verte muere, por hablarte anhela,
y que hasta conseguir desenojarte,
juzga las breves horas por eternas.
Batalla con afectos diferentes
el corazon del hombre; mas si llega
á tomar el amor en él partido,
por él el campo y la victoria quedan.
Esto supuesto, Alfonso ha de buscarte:
y si hiciere á tu amor tan grave fuerza,
que el impulso quebrante de su afecto,
supla esta falta nuestra diligencia.
Necesario es que á Alfonso te presentes,
antes que se efectúe nuestra ausencia,
que de esto solo pende la esperanza,
y en esto el logro de ella se interesa:
pues si vuelve otra vez á verte Alfonso,
difícil es que á abandonarte vuelva.
Resuélvete: y en tanto tus pesares
á cuantos de ellos informarle puedan,
ostenta y exagera astutamente.
Haz, Raquel, aparato de tus penas:
lean todos tu enojo en tu semblante:
tu dolor todos en tus ojos vean:
esto conviene.
Raq. Pues si así conviene,
y ves, Ruben, dispuesta mi obediencia,
hasta que llegue el lance que meditas,
los aires hinchiré con mis querellas,
molestaré la tierra con mis voces, (*vase.*
y aun sembraré en los cielos mis endechas.
Rub. Sí, Raquel: que si ayuda la fortuna
mis prevenciones, ó he de hacer que vuelvas
á ser segunda vez dueño de Alfonso,
ó he de perder la vida en esta empresa.
Mas ay de mí! que aunque me aliento en
lucho con mil rezelos y sospechas, (vano
y de un trágico fin ó desventura
el justo horror de confusion me llena.
Que lidiar contra un vulgo alborotado,
oponerse al poder de la nobleza,
y mantener una privanza injusta,
quién sino un despechado lo emprendiera!
Pero qué importa aventurar la vida?
Aventúrese todo, Raquel tenga
segunda vez de Alfonso el alvedrío;
que si esto se consigue, ya te queda
Ruben, abierto campo á tus venganzas.
Muera Hernando, Alvar Fañez tambien
muera,
y cuantos ricos hombres en Castilla
contraponerse á mis intentos puedan.
Yo haré que en recompensa de su agravio
pida Raquel á Alfonso sus cabezas,
y que reos de estado por mi industria,
les dé amor vengativo la sentencia.
Mas dónde Garcerán apresurado
así corre? Perpetuas compañeras
son de la iniquidad las inquietudes:
siempre el malvado lidia con sospechas.
Sale Man. Ruben, has visto al Rey?
Rub. En su retrete,
segun acabo de informarme, queda.
Mas qué motivo así te precipita?
Man. El ganar las albricias de la nueva,
de que ya está Toledo sosegada;
y el que antes era todo turbulencia,
ya es teatro de aplausos.
Rub. Pues qué causa
pudo mover pasiones tan opuestas?
Man. El haber ofrecido Hernan García
de Raquel el destierro, y tu cabeza.
Rub. Mi cabeza, Manrique?
Man. No lo dudes.
Rub. Qué dices?
Man. Que á tí el pueblo te condena.
Rub. A mí! Por qué razon?
Man. Porque á tu influjo
de Raquel atribuyen las violencias:
su rigor, su codicia, sus audacias
obras de tu enseñanza consideran,

y el encanto y prision de Alfonso octavo,
lecciones aprendidas en tu escuela.
Rub. Yo, Manrique!... Si el cielo...
Man. Esas disculpas,
con quien pueda estimarlas, aprovecha.
Duéleme tu desgracia; mas no alcanzo
á remediarla; así no me detengas,
pues yo sirvo á mi Rey. Solo un consejo
darte podré de mi amistad por prueba;
y es, que en las desventuras declaradas
oponerse á la suerte, es imprudencia. *Vase.*
Rub. O cortes, ó palacios, centro infame
de engaños, falsedades y cautelas!
cuán á mi costa llego á conoceros!
Si éste, que debe toda su opulencia,
su valimiento y auge á mis influjos,
así me corresponde; ¡cuánto yerra,
quien de áulicos confia en esperanzas,
quien cree cortesanas apariencias!
Mas cómo en reflexiones importunas
malogro el tiempo? El pueblo mi cabeza
está pidiendo; yo la causa he dado:
el riesgo es conocido, y está cerca.
Qué arbitrio me darás, ingenio mio,
para librarme de ocasion tan recia?
Mas ay de mí! que el cielo acaso quiere
dar á mi iniquidad la justa pena,
y cansado tal vez de tolerarla,
pretende hacer de su justicia muestras.
Escarmienten los malos en mi daño,
y en mi desdicha la impiedad aprenda,
que no siempre se peca impunemente;
y que si acaso el santo cielo deja
correr tras de sus vicios los mortales,
es por darles lugar para la enmienda,
y, que su tolerancia justifique
en medio de las iras su clemencia.
Pero del Rey las guardias se descubren.
Qué es esto? Triste corazon, alienta;
que pues Alfonso al público se ofrece,
aun queda á mis astucias franca puerta.
Venga Raquel: renueve su hermosura
la antigua llaga, que á cerrar se empieza,
y Fenix hoy amor entre cenizas
nuevo ser, nueva vida á cobrar vuelva.
Sale la Guardia.
Guardia. Despejad.
Rub. Ya en el campo de batalla
tienes al enemigo. Ultima prueba
esta es de tu poder, astucia mia.
Refuerza, amor, tus verdaderas flech
á favor de Raquel, porque en Toled
se tremole hoy triunfante tu bandera. *Va*
Salen Alfonso y Manrique.
Alf. Retiraos. *A la Guardi*
Qué en fin ya se ha aplacado *A Manri*
el furor de la plebe?
Man. La presencia
de Hernando refrenó sus osadías,
que solo su valor los contuviera;
y porque mas afianzada quede
la pública quietud, las cien banderas,
y los dos mil ginetes destinados
y prontos á marchar ya sobre Cuen
del campo de la Sagra en que se aloj
sobre Toledo vuelven; y la fuerza
ocupada, señor, de San Cervantes
con el nuevo presidio, ya no queda
motivo de temer por mas que intente
segunda novedad la plebe inquieta.
Alf. ¡O suerte miserable de los reyes,
cuán vanamente el fausto os lisonjea
si juzgais os exime de cuidados
el poder, la corona y la opulencia!
O nombre ciegamente apetecido!
O títulos pomposos de grandeza,
solo sonido, vanidad y viento! (tez
Quién, que os conozca, habrá que os ap
Pues qué sirve el poder en los monarc
si siempre el rey en sus acciones qued
sujeto á la censura del vasallo,
que injusta las abona, ó las reprueba?
Qué sirve la corona, si su engaste
es de la voluntad fuerte cadena,
prision equivocada con imperio,
y esclavitud llamada independencia?
Para qué es la opulencia, si los grave
cuidados, que á los reyes nos rodean
tiranizan el gusto de gozarla,
ocupándole tiempo en extenderla?
O fortuna envidiable del villano,
contento en la humildad de su baje
y libre de los sustos y desvelos
que de continuo al poderoso cercan!
O mesa venturosa, que guarnece
grosero plato de paterna herencia
que convierte en sabroso y delicado
aquel placer, que á tu contorno vuel
Pajiza habitacion de la alegría,
á cuyo umbral humilde nunca llega

ni de la envidia el tiro venenoso,
ni el ímpetu cruel de la soberbia.
Cuánta ventaja haceis á los altivos
alcázares reales, que aposentan
por huéspedes perpetuos de sus techos
desvelos, sinsabores y sospechas!
Cuán libremente sus deseos goza
el simple labrador, cuya pobreza
ni excita emulacion en sus iguales,
ni en los mas poderosos competencia!
Si al pellico y cayado el cetro de oro,
la púrpura real trocar pudiera,
cuán ventajoso el cambio juzgaria!
Con cuánta libertad en las florestas
del amor solamente frecuentadas
gozara tu hermosura, Raquel bella!
Nunca de estado la razon tirana
tanto bien, tanta gloria me impidiera.
O suerte! O condicion! O reino, cuánto
me debeis, si á Raquel por causa vuestra
de mí separo! Pero qué pronuncio?
Podrás, Alfonso, tú vivir sin ella?
No: que mi vida pende de sus ojos:
no: que en su pecho mi alma se aposenta.
Mas la razon, el reino, mis vasallos,
mi honor, su misma vida, las estrellas,
todo influye en su ausencia. O suerte injus-
O cruel dolor! O bárbara violencia! (ta!
Man. No deis lugar, señor, á reflexiones,
que aumentan vuestro mal y vuestra pena.
Alf. Deja, Manrique, que mi mal me aflija;
deja, que mis dolores cobren fuerzas;
deja, que mi pasion me martirice.
Man. Mirad, señor, que vuestra vida...
Alf. Deja,
que avivando el dolor y sentimiento
el fuego que en mi pecho se alimenta,
en las aras de amor mi triste vida
ofrenda noble, y holocausto sea.
Porque vea Raquel, que si ha podido
el cuerpo separar la suerte adversa,
el alma no; que libre de embarazos
á Raquel volará como á su esfera.
O dias miserables, de horror llenos,
llenos de lutos, llenos de tristezas,
los que sin tí, Raquel, ya me amenazan!
O eternas noches, de dolores llenas,
aquellas, que tu ausencia lamentando,
pasaré en largo llanto y mudas quejas!
Garcerán, si el amor que me has debido,
quieres pagar con solo una fineza
saldrás de obligaciones. Con tu acero,
abre este pecho, rómpeme las venas;
mi espíritu desata de estos lazos;
dame, dame la muerte: no suspendan
la egecucion respetos de vasallo:
piedad será esta vez lo que otra fuera
el delito mayor, pues se redimen
con solo un mal inmensidad de penas.
Man. No así ofendais, señor, mi amor y zelo
con proponerme acciones tan violentas,
tan fuera de razon y desusadas.
Volved en vos, desvaneced ideas,
que os turban la razon y los sentidos:
conservad vuestra vida; y ved que en ella
se cifra el bien de todo vuestro reino.
Y si el amor, si la pasion os ciega
tanto, que á riesgo ponga vuestra vida,
porque esta se conserve, todo ceda;
todo ceda, señor, á vuestro gusto.
Pensais, que pueda haber, quien no prefiera
tanto bien á cualquiera otro respeto?
Yo os lo afirmo, señor: todos desean
que vivais á Castilla largos siglos.
Además de que ya las tropas cerca
de Toledo, y la plebe sorprehendida,
no queda que temer. Y antes debiera
de Raquel el destierro revocarse
en obsequio, señor de vuestra regia
autoridad, que queda desairada
de otro modo.
Alf. Qué en vano me aconsejas!
En vano tu lealtad, tu amor y zelo,
quiere templar lo acerbo de mis penas.
Cómo! podré olvidar de mis vasallos
la justa pretension? Bien visto fuera
que cuando ellos por mí se sacrifican,
de lealtad siendo egemplo y de fineza,
como tú dices, yo correspondiese
á tan notable fe, abusando de ella?
No, Garcerán: los cielos no permitan,
que yo mancille con accion tan fea
la historia de mi vida desdichada.
Y pues remedio ya ninguno queda,
acábame, ó dolor, dame la muerte,
serás piadoso aquesta vez siquiera.
Man. Apartad ya, señor, el pensamiento
de tan tristes objetos.
Alf. Mal penetras

del mal que me fatiga y acongoja,
el rigor, la cruel naturaleza.
Si el enfermo, que siente lastimada
una parte del cuerpo, aunque no sea
de las mas principales, no es posible
que el pensamiento de su mal divierta;
¿quien tiene como yo llagada el alma
de herida tan antigua y tan acerba,
cómo podrá, Manrique, distraerse
insensible al dolor que le atormenta?

Man. Mirad, que llega gente.

Sale un Guardia.

Guar. Para hablaros,
espera, que le deis, señor, licencia
Raquel.

Alf. Qué es lo que escucho? Fuerte lance
me preparas, fortuna: cruda guerra
vas á moverme, amor, en este encuentro.
Pero qué riesgo hay ya, cuando no queda
á la revocacion arbitrio alguno?
Y no será crueldad, que cuando llega
Raquel á suplicar á Alfonso Octavo,
ni aun admitirla á su presencia quiera?
Qué dudo pues? Decid, que Raquel lle-
Vase la Guardia. (gue.

Man. Ya con Ruben, señor, aquí se acerca.
Vase.

Salen Raquel, Ruben y acompañamiento de judías.

Raq. Si presumís, señor, que á vuestras plan-
De rodillas. (tas
segunda vez me trae aquel designio,
de que anuleis el rígido decreto (mo..
de mi ausencia, ó mi muerte, que es lo mis-

Alf. Ay de mí! Alzad del suelo: Raquel llora!
Alzando á Raquel.
Mucho de tí rezelo, valor mio.
Proseguid, pues. Qué es esto, duros astros?
Qué os deteneis?

Raq. Oid, que ya prosigo.
Si presumís, Alfonso, que este llanto,
si pensais, que estos débiles suspiros,
prendas en otro tiempo inestimables,
cuando suerte mejor, y el cielo quiso,
vienen acaso á ser intercesores
entre vuestro rigor y mi delito,
(si haber correspondido á vuestro afecto,
merecer puede nombre tan indigno)
no lo temais. Mi llanto y mis sollozos
solo son expresion de mi martirio,
vapores, que á los ojos ha exhalado
la amante llama, que en mi pecho abri
Con muy contrario intento á vuestra vi
vuelvo, señor: pues si antes he pedido
suspendierais el órden de mi ausencia
llevada de mi amante desvarío;
ya con mejor acuerdo solo traio,
de cumplir vuestro gusto, y solo asp
á dar la última prueba en mí obedien
del amor conque siempre os he servi
Bien sé, que obedecer vuestro mand
la vida ha de costarme, cuando mir
que no pueden cortarse á menos rie
lazos que tanto amor y tiempo ha uni
Mas si en esto, señor, de mi fineza
los subidos quilates acredito,
dulces serán los últimos tormentos,
si han de manifestar cuanto os estimo
Males no habrá, de cuantos me prop
la triste idea del destierro mio,
que no les dé accidente de deleite
el ser por vuestra causa padecidos.
La dura soledad que me amenaza
en la mortal ausencia que medito,
será recreacion del pensamiento,
al contemplar sois vos quien la ha queri
El cansancio, señor, la grave angustia
de mi espíritu vago y peregrino
trocará las congojas en descanso,
y hará de la fatiga misma alivio:
y los insultos á que quedo expuesto,
del feroz vulgo adularán mi oido,
viendo, que aborrecerme así les mue
de su Rey el afecto y el cariño.
Esto supuesto, y que es inexcusable
ausentarme de vos, pues mi peligro,
la voz del pueblo, su quietud, los cie
lo tienen decretado y convenido;
si algun mérito tiene, amado Alfonso
tan constante pasion, amor tan fino,
de tantos años la correspondencia,
la noble emulacion conque habeis vi
mi ternura, y la vuestra competirse,
votos con tal desgracia repetidos,
tantas promesas por mi mal frustrados
conque no pienso ya reconveniros,
pues me tiene tomados mi desdicha
de cualquiera esperanza los caminos,
en recompensa solo una fineza

me atrevo á suplicaros y pediros,
cuyo derecho no podrá usurparme
el rigor de esta ausencia ó exterminio.
Esta es, Alfonso, que pues no es posible
apagar esta llama que respiro,
de mi pecho arrancar vuestro retrato,
ni de mi pensamiento este delirio,
os deba esta infeliz que así os adora
un recuerdo tal vez, que fuisteis mio.
Que en los años dichosos, que me amasteis,
y yo fui vuestra, pudo el amor mismo
ternezas aprender de mis afectos:
que siempre el mio fue vuestro alvedrío,
y finalmente que por adoraros,
ausente, triste y desterrada vivo.
Esto, señor, mis lágrimas pretenden:
este el intento es, que me ha traido,
á causaros molestias con mi vista,
y esto lo que por último os suplico.
Esto hará mis tormentos menos graves,
mis males menos duros y prolijos,
y aborrecible menos este aliento,
mientras la parca tuerza el vital hilo.
Y pues instan, señor, inconvenientes,
temores, sobresaltos y peligros
á que me ausente, ay Dios, cuántos aho-(gos
el espíritu siente al proferirlo!
dadme, señor, licencia; y este llanto,

Arrodíllase.

última ofrenda, que á mi amor dedico,
os quede por seguro que ni el tiempo,
destierro, ausencia, penas, ni martirios,
rezelos, amenazas, ni desastres,
ni de la muerte el riguroso filo
serán bastantes á borrar del pecho,
de santa fé depósito y archivo,
la imágen vuestra, que por tantos años
labró el amor, el trato y el destino.

Alf. Qué es esto, sacros cielos? Qué centella,
qué extraordinario ardor no conocido
á mi pecho ha inspirado, Raquel mia,
tu llanto y tu dolor? Cuándo se ha visto
sino en mi daño tan extraño egemplo?
fenómeno tan raro y peregrino?
Alza, Raquel, del suelo: de tu llanto
suspende los raudales: no abatido
tengas el cielo, de quien eres copia.
No desperdicies los tesoros ricos
de tus preciosas lágrimas: recoge
al lastimado pecho los suspiros.
Deja el llanto y dolor, deja la pena
á este infeliz, á quien el hado impío
maltrata con rigor tan importuno.
A mí, á quien el perderte es ya preciso,
y muriendo vivir en esta ausencia,
corresponde, Raquel, este egercicio.
Segura partir puedes, de que en cuanto
este espíritu rija el condolido
cuerpo, que tantos males debilitan,
su alimento será y manjar continuo
llanto y dolor, pesar y sentimiento.
Mas ay de mí infeliz! Qué he proferido?
Yo, que Raquel se ausente, pensar puedo?
Yo puedo proponerlo y consentirlo?
Yo, que aliento al influjo de su vista?
Yo, que en fe de que me ama solo animo?
No es posible, ni el cielo lo consienta.
Raquel, no has de partir: ántes el hilo
se corte de mi vida.

Raq. Qué he escuchado?
Qué pronuncias, señor? No sois vos mismo
quien ha determinado mi destierro?

Alf. Fue atentado, fue error, fue desvarío.

Ra. Pues vos no me intimasteis la sentencia?

Alf. No lo puedo negar: temor lo hizo.

Raq. No os mostrasteis de piedra á mis razones?

Alf. O no era yo, ó estaba sin sentido.

Ra. No sois vos mismo quien me aconsejaba?
No sois aquel, que astutamente fino
me pintaba los riesgos?

Alf. Verdad dices:
tenlo por sueño, tenlo por delirio.

Ra. No despreciasteis mis reconvenciones?
No os ví sordo á mis llantos y gemidos?
Por fin de mí no huisteis?

Alf. Qué mas quieres,
Raquel, si te confieso mi delito?
Sírvame este rubor, esta vergüenza
que paso al confesarlo, de castigo.
Errores son, que debes disculparlos,
pues tuvieron, de amarte, su principio.
Yo te amaba, Raquel: yo te apartaba
de mis ojos; contempla mi martirio.

Raq. ¡Con qué facilidad un pecho amante,
si está tan empeñado como el mio,
admite las disculpas que desea,
y aun tal vez disimula su artificio!
Mas cuando yo os conceda, que forzado
obrasteis, y que solo mi peligro

os turbó la razon, es por ventura
menor el riesgo ya? los conmovidos
corazones están mas aquietados?
se han disipado ya mis enemigos?
clama menos el pueblo? la nobleza
pondrá á su queja término? Vos mismo
á quien ya los temores vencer saben,
me dais seguridad de reprimirlos?
Quereis que expuesta quede á una violen-
del vulgo fiero al bárbaro capricho? (cia?
de un soberbio al insulto? Quien me ama,
podrá esto tolerar? Qué poderío,
qué autoridad, qué auxilio me asegura
de tantos riesgos? Si es que os he debido
algun amor, Alfonso, no mi vida
expongais de esta suerte; y pues preciso
es, que me ausente, á Dios, amado Alfonso,
Llorando, y en ademan de irse.
á Dios, y el cielo...

Alf. El cielo que ha querido *Deteniéndola.*
á tan graves desdichas conducirme,
y es de mi puro amor y fe testigo,
no permita que Alfonso sin tí viva.
Raquel amada, hermoso dueño mio,
así á Alfonso abandonas?

Raq. Las estrellas,
el cielo así lo manda, y mi destino.

Al. Qué en fin estás resuelta á abandonarme?

Ra. Cuanto me pesa en este llanto explico.

Alf. Pues si mi desventura es tan notoria,
y esta vida, este espíritu mezquino,
como inútiles prendas considero:
Sacando la espada.
acero noble, rayo que esgrimido
de mi diestra, blasones duplicasteis
á Marte poderoso, ya os dedico
á mejor ministerio: sed piadoso
instrumento de amantes sacrificios.
Y tú, Raquel, si quieres testimonios
de mi constante amor ciertos y fijos,
pues no oyes mi razon, estas alfombras
te los ofrezcan con mi sangre escritos.
En ademan de echarse sobre la espada.

Ra. Deteneos: qué haceis? qué furia es esta?
Conteniéndole.
Mirad, que de la espada el duro filo,
cuando amenaza estragos á ese pecho,
los obra y egecuta ya en el mio.
No advertís que ese golpe riguroso
será fin de mi vida? Quién ha dicho,
que muerto Alfonso Octavo, Raquel p
vivir un solo punto? Habeis creid
que á vuestra costa pueden redimi
mis desdichas? Vivid, Alfonso mio
vivid, que Raquel solo para amaro
la vida quiere. Ya, señor, me rind
á cuanto dispusiereis: ya Toledo
será otra vez mi centro: no hay pe
que á trueque de agradaros me
sombro,
que me dé susto, á trueque de ser

Alf. O portento de amor! Sea la eter
gratitud, que te ofrezco y sacrifico,
paga á tanto favor.

Raq. Y los hebreos,
que no tienen, señor, otro delito,
que depender de mí?

Alf. Ya los indulto.
Y porque tu temor desvanecido
del todo quede; porque no receles
de un vulgo osado los infieles tiros,
desde hoy de mi cetro y mi coro
serás dueño absoluto. Mis dominios
á tu arbitrio se rijan y gobiernen:
de todos mis vasallos los detinos
de tí dependerán públicamente,
porque todos así te estén sumisos.
Ha de mi guardia.
Ocupando el solio.

Salen Manrique, la Guardia, y ac
pañamiento de castellanos.

Manr. y los demas. Qué ordenais?

Alf. Atentos
escuchad lo que mando y determi
Soy vuestro Rey?

Man. Por tal os veneramos.

Alf. Sois mis vasallos?

Man. Este distintivo
nos honra.

Alf. Y lo que yo sobre mi trono
mandare y dispusiere, no es preci
que todos le obedezcan?

Man. Quién lo duda?
nadie debe excursarse de serviros.

Alf. Está bien: y el vasallo que se o
al gusto de su Rey, ¿no es, decid,
de la pena mayor, y por rebelde
no se hace reo del mayor delito?

an. No hay duda.
f. Pues supuesto que no hay duda,
y supuesto tambien, que es gusto mio,
sabed, que hoy en mi trono substituyo
à Raquel; mi poder y mi dominio
la transfiero, y yo mismo la coloco
en mi solio real; esto entendido,
pues confesais debeis obedecerme,
Colocándola en el trono.
sabed, que ya Raquel reina conmigo.
stellanos. Terrible ceguedad!
an. Si es vuestro gusto,
ya os obedezco, y el primero rindo
á Raquel mi respeto.
in los demas besando la mano á Raquel como Manrique.
ub. Bien se logra
el fin de mis astucias y designios.
Ya de nnevo respiro.
aq. Qué gustoso
es el mando aun en medio de peligros!
lf. Y estás, Raquel, en el lugar sagrado,
donde nunca alcanzar podrán los tiros
de tus contrarios: ya mi imperio todo
está en tu mano: ya de tu alvedrío
dependen los que quieran ofenderte.
Los doce mil Soldados, que destino
para asediar á Cuenca, ya en Toledo
entrando van; fiada en tal presidio,
tu gusto ley de mis vasallos sea.
aq. Por testimonio de tu amor lo estimo.
lf. Y porque mi presencia no embarace
que obres con libertad, yo me retiro.
A Dios, bella Raquel.
Vase con la guardia.
aq. El cielo os guarde.
Quées aquesto, fortuna? Quién ha visto
tan extrañas mudanzas en su suerte?
Qué afectos hasta aquí no conocidos
el corazon combaten? La venganza
me inspira indignaciones y castigos:
y este asiento, que es centro de justicia,
contiene mi furor, cuando me irrito.
Mas podré conservar mi vida acaso,
cuando me cercan tantos enemigos,
por mas que este lugar me privilegie
del insulto del pueblo? El atrevido
infame vulgo contendrá su furia,
porque yo disimule su delito?
No por cierto, que el vil nunca conoce
estas obligaciones, y al maligno,
á quien se disimula un desafuero,
licencia se le da de repetirlo.
Prueben, pues, mi rigor.
Sale la Guardia.
Guard. Hernan García,
y Alvar Fañez, creyendo en este sitio
hallar al Rey, entrada solicitan.
Raq. Permitidlos entrar.
Vase la Guardia.
Manr. Duro conflicto!

Sale Alvar Fañez por un lado con un pliego.
Alv. Fañ. Este es, Alfonso, el bando....
Mas qué veo?
Sale García por el lado opuesto.
Gar. El obsequioso pueblo..mas qué miro?
Alv. Fañ. Es ilusion?
Gar. Es sueño?
Raq. Qué os suspende?
AlvarFañez, llegad. No me habeis visto?
Qué os admira, Fernando? Qué reparos
os detienen? Habeisme conocido?
Levantándose.
Yo soy Raquel: Raquel, la que no ha mucho
insultasteis soberbios y atrevidos.
Raquel soy; qué dudais? á quien Alfonso
substituye en su mando; à quien él mismo
en su solio real ha colocado,
con quien todo el poder ha dividido;
á quien ya sus vasallos mas leales
tributan los obsequios mas rendidos.
Soy, quien traidores castigar pretende;
quien del rigor esgrimirá los filos
en cuellos alevosos; quien alfombras
hará á sus pies de espiritus altivos,
y será con asombros y rigores
de audacias escarmiento y exterminio.
Tomando el pliego á Alvar Fañez, y rompiéndole.
Mas tú, que de leal haciendo alarde,
solicitas mi daño y precipicio,
advierte, que así apruebo iniquidades,
que así injusticias corroboro y firmo.
Y tú, que diputado de alevosos
viles plebeyos, el enjambre indigno
tan oficiosamente representas,
les dirás de mi parte, cuánto estimo
su fineza, y que ya para pagarla

prevengo hierros, lazos y suplicios.
Vase con Ruben y los demas judíos.
Al. Fañ. Es posible que á tanto haya llegado
la ceguedad de Alfonso?
Garc. Estoy corrido.
No sé cómo he sufrido tal ultrage.
Manrique, es esto cierto?
Man. Ya lo has visto.
Alv. Fañ. Y tú lo has permitido?
Garc. Tú lo sufres?
Man. El que lo pudo hacer es quien lo hizo.
El Rey así, Alvar Fañez, lo ha mandado:
así, García, Alfonso lo ha querido.
Cuando su voluntad tan declarada
está, como notais vosotros mismos,
ni debe replicar ningun vasallo,
ni puede resistirla sin delito.
Yo por lo menos solo sé que debo
servir y obedecer al dueño mio. *Vase.*
Gar. Vive Dios, que es deshonra, es ignominia
tal modo de pensar. Pues quién te ha dicho,
infame adulador, que á su Rey sirve,
quien como tú sus ciegos desvaríos
obedece sin réplica, debiendo
conducirle á un desdoro y precipicio?
Mas ya no es tiempo de esto: ya, Alvar Fañez,
de Alfonso ves la ceguedad, ya vimos
de esa altiva judía la arrogancia.
Quién seguro estará de sus caprichos?
Quién no debe temer sus osadías?
Será razon, que el castellano brío
obedezca las leyes de una hebrea?
Será justo, que aquellos que nacimos
los primeros del reino, para darle
grandes egemplos, mudos y abatidos
una beldad tirana respetemos?
Y el pueblo que en los dos ha transigido
sus acciones y fueros, será justo
quede sujeto al abandono antiguo?
No, Alvar Fañez: remedio pide el daño.
Al. Fañ. A cuanto quieras, ya me determino.
Gar. Redimamos al pueblo miserable.
Al. Fa. Cuanto pienses y digas te confirmo.
Gar. Libertemos á Alfonso de este encanto.
Al. Fa. Mi vida ofrezco, para conseguirlo.
Gar. Mas se debe excusar todo alboroto,
no parezca motin, el que es oficio.
Al. Fa. A cuanto dispusieres, me resuelvo.
Gar. Pues si tú me acompañas, hoy co
eternizar el nombre castellano
con la violenta empresa, que med
y verá el mundo en mí, cuando con
los efectos, que ya me pronostico,
la mayor lealtad en la osadía;
pues hay casos tan raros y exquisi
en que es mas fiel el menos obedi
y mas leal, el que es menos sum

JORNADA TERCERA.

Salen Hernan García, Alvar Fañ
Castellanos.

Cast. 1. Este descuido, Hernando, est
es el alivio, que esperar debiera
un reino, que tan graves infortun
padece?
Cast. 2. Así se cumplen las promesa
en cuya fe libraba su esperanza
el pueblo castellano?
Cast. 1. Qué torpeza,
Alvar Fañez, oprime los alientos
en tan fuerte ocasion?
Cast. 2. Qué indiferencia
tan odiosa en tan grande coyunt
os suspende? Sabeis que Raquel re
Que Alfonso de su encanto seduc
mas que nunca á su arbitrio se su
Que el trono de Castilla venerab
ocupa ya Raquel? Que la senten
del general destierro del hebreo
está ya revocada? Que con fiestas
celebra el israelita, y con aplauso
por Toledo su triunfo y nuestra me
Es este de Raquel el exterminio?
Esas, Hernando, son vuestras ofe
Sabeis, que á su rigor quedan exp
los vasallos de Alfonso? Qué viol
no intentará, creyéndose ofendi
Quién seguro estará de su soberbi
Para esto conspiró vuestro denue
Así se logra al fin? No, no cons
nuestro valor ultrage tan indigno:
muera Raquel: quien por leal se te
abrace la ocasion de acreditarse.
Y pues se advierte tanta indifere
en los nobles, la hazaña, que á otros
de la abtida plebe empresa sea.

l. Fa. No así culpeis de omiso, castellanos,
mi valor. Presumís que la nobleza
descuidar puede sus obligaciones?
Juzgais que del plebeyo las miserias
puede ver, sin que exponga en su reme-
toda su autoridad? Ya está resuelta (dio
la ruina de Raquel: vuestros enojos
sean el instrumento: de la empresa
ha de ser Alvar Fañez el caudillo.
*chando mano á la espada, y pasándo-
se al bando de los castellanos.*
Muera Raquel: armad la invicta diestra,
castellanos, y acabe esta ignominia
de una vez nuestro acero.
astellanos echando mano á las espadas.
Muera, muera.
ar. A dónde así correis precipitados?
Deteniéndolos.
Qué furor os impele? Qué imprudencia
os obliga á tan grande desacierto?
Así rompeis de la naturaleza
las leyes sacrosantas? De españoles
se creerá accion de tanto oprobio llena?
Así de este lugar los privilegios
se traspasan, profanan y atropellan?
Sabeis la inmunidad de aqueste sitio?
Sabeis, que el cielo y la razon condenan
á quien le pisa menos reverente?
Y tú, Alvar Fañez, que advertir debieras
mejor la gravedad del desacato,
así llevarte de su furia dejas?
Qué es esto, castellanos valerosos?
Reportaos: el limpio acero vuelva
á su lugar; que males de esta clase
los remedia el consejo, no la fuerza.
ll. Fa. Tú, Fernando, te opones al intento?
Cuando en la muerte de esa vil hebrea
tratamos de la vida del monarca,
así el hecho acriminas y motejas?
Fernando, esto es lealtad.
Gar. Quién os ha dicho,
ó multitud ilusa, que se pueda
ofender á Raquel, sin que de Alfonso
la autoridad y pundonor padezcan?
Al. Fa. Pues si Raquel á Alfonso tiraniza,
quien quebranta sus hierros y cadenas,
quien á su Rey liberta de un desdoro,
no obra como leal?
Gar. Y quien intenta,
que un delito castigue otro delito,
obra con equidad y con prudencia?
No obscurezcais así vuestras hazañas:
confiésoos la razon de vuestras quejas:
no niego de Raquel la tiranía.
Yo mismo sus excesos y violencias
acabo de sufrir, el miserable
estado de la plebe las vocea.
Las naciones extrañas, todo el mundo,
que el castellano imperio considera,
piden satisfaccion. Yo, yo entre tantos
soy, el que mas que todos la desea.
Pero ni yo, ni el mundo, ni el estado
podremos aprobar, que se cometa
contra el honor de Alfonso un desafuero.
Y cuál será la vil cobarde diestra,
que se atreva á esgrimir la injusta espada
contra Raquel? Será gloriosa empresa
de un castellano acero, cuyos filos
fueron horror de huestes agarenas,
teñirse con la sangre desdichada
de una infeliz muger? Será proeza?
Alv. Fañ. Qué mudanzas son estas? Tú,
Fernando,
en este mismo instante no confiesas
la justicia y razon que nos asiste?
No eres tú, quien dispone y quien ordena
de este mal el remedio? Para el hecho
tú mismo con tus voces no me alientas?
Cómo, pues, ya te opones?
Gar. Engañado
enormemente estás, si acaso piensas
Alvar Fañez, que puedo retraerme
de este intento jamas. Vida y hacienda,
tranquilidad, y todos cuantos bienes
tiene el humano ser, al punto diera
por redimir á Alfonso y á Castilla.
A esta plausible, á esta gloriosa empresa
os animé; para esto con vosotros
conspiró mi lealtad: mas con reserva
del decoro del Rey, que es en los nobles
el cuidado primero.
Alv. Fañ. Pues nos queda,
para lograr el fin, otro recurso?
resta algun otro medio?
Gar. Sí, otros restan.
Y cuando otros no hubiera, quién haría
uso del que decís, que leal fuera?
Alv. Fañ. Quien vea, que sus voces no se
escuchan,
que sus ruegos é instancias se desprecian,

y que es su tolerancia y su silencio
fomento del rigor y la soberbia.

Gar. Y esa razon excusará el delito?

Alv. Quien culpe nuestra accion tambien es
confiese, que con ella se redime (fuerza,
de este reino el baldon, del Rey la afrenta.

Gar. Y esto no podrá hacerse sin que man-
el castellano nombre accion tan fea? (che

Al. Fa. Cualquiera menos fuerte será inútil:
tú, Fernando, tú tienes la experiencia.

Gar. Clausuras hay, que roben á los ojos
de Alfonso el fuerte hechizo que los
ciega.

Alv. Fañ. Y no habrá aduladores que des-
cubran,
mérito haciendo de la diligencia,
el lugar donde esté, por mas remoto
que se procure? La voraz hoguera
de amor no deshará muros altivos,
recios candados, y robustas puertas?

Gar. Paises hay extraños y remotos,
en que Raquel sepulte su belleza.

Alv. Fañ. Si á un amante vulgar nada
contiene; (tenga?
qué habrá, que á un Rey amante le con-

Gar. El presidio, que entrando va en To-
pudiera acaso... (ledo,

Alv. Fañ. Así las tropas nuestras
agravia, quien las vió obrar tantas veces?
Son forzadas, venales ó extrangeras?
No son gente escogida en los concejos
de Adaja, de Arlanzon, y de Pisuerga?

Gar. Qué en fin estais resueltos, castellanos?

Cas. Queremos contener, es vana empresa.

Gar. Pues supuesto que estais determina-
y no es posible haceros resistencia, (dos,
solo pretendo, suspendais la furia
un breve espacio. Doble culpa fuera,
atreverse á Raquel, estando Alfonso
presente á sus ultrages: ni pudiera
vuestra intencion acaso conseguirse,
si por ventura Alfonso á comprenderla
llegase. Y pues que suele con el noble
recreo de la caza partir treguas
en la guerra de amor, esta oportuna
ocasion esperad, porque con ella
vuestra accion se asegure, y que de Alfon-
menor sea el dolor, menor la ofensa. (so

Alv. Fañ. Discurres bien, García, y por-
que notes,
que solo el bien del Rey hoy nos al
y de Alfonso el honor, suspenderém
por ahora el intento: mas se enti
que ha de morir Ráquel precisam

Ca. 2. Dispon cuanto juzgares que co
como á verter su sangre se dirija.

Alv. Fañ. Sí, castellanos: su maldad
rezca.

Vanse Alvar Fañez y Castella

Gar. O fiera multitud, cómo se en
quien sobre tí tener arbitrio pien
Mas, pues he suspendido los en
aprovechemos la ocasion estrecha
Sepa Alfonso el peligro á que su
amoroso delirio tiene expuestas
su autoridad, y de Raquel la vi
que por ventura, si á saberlo ll
de sí la apartará, por libertarla.
De esta suerte Castilla se sosieg
de Alfonso no padece el real de
su vida esa infeliz tambien conse
que aunque tan ofendido y agra
me tiene, esto le debo á mi noble

Sale Manrique.

Man. Mucho siento, Garcia, haber de
un disgusto y pesar.

Gar. ¡Qué necio fuera,
quien esperara ménos que pesare
en tan infames dias, en que reina
la iniquidad, y están entroniza
la maldad, la injusticia y la vio
Dí, Manrique, cuales: nada me a
nada me admira ya.

Man. Raquel ordena,
salgas hoy de Toledo desterrado.

Gar. Desterrado? Y por qué?

Man. Porque fomentas
sediciones contra ella, y...

Gar. Sella el labio:
porque me irrita mas que tú te at
á proferir calumnias semejantes,
que el proceder injusto de esa he
Yo muevo sediciones? Vive el ciel
que miente quien lo dice, y quien l
Qué hubiera sido de la infame san
de esa muger, si yo leal no hubie
contenido los ánimos feroces,
que ya volaban á saciarse de ella?
Quién es, quien de su vida ha sido
Y quién acaba de...? Pero qué ne

satisfacciones? Dí á Raquel, que Hernando
dice que tiene Rey á quien venera:
que solo sus preceptos obedece,
que los demas los oye y los desprecia;
y que no es de la clase desdichada
de aquellos que por medio de vilezas
pretenden sus aumentos, como hace
alguno de su crédito con mengua.
Y dila, que si juzga que en Toledo
incomodarla puede mi asistencia,
está muy engañada: que entre tanto
que ella su perdicion busca y fomenta,
busco yo modos de librar su vida
de los continuos riesgos que la cercan:
que vele sobre sí, pues de contrarios
poderosos la cólera resuelta
contra su vida se arma nuevamente.
Débame esa cruel esta advertencia:
corresponda á un agravio un beneficio:
que así, Manrique, Hernan García se (venga.
Man. Mi obligacion, Hernando...
Gar. La de un noble,
y la de un castellano fiel debieras
mirar mejor.
Man. Los Laras de leales
siempre fueron espejo.
Gar. Bien lo prueba,
el haber entregado á Alfonso en Soria
de su tirano tio á la tutela.
Nuño Almexi, que supo rescatarle,
dirá vuestros elogios.
Man. Fué violencia...
Gar. Conveniencia diriais propiamente,
pues os valió del reino las tenencias.
Man. Siempre Laras y Castros se estimaron.
Gar. Mi padre lo diria, si viviera:
de quien, porque en la vida no pudisteis,
la venganza tomasteis en la huesa.
Man. Pero yo de vos siempre...
Gar. El enemigo
habeis sido: ya sé vuestras cautelas:
ya sé, cuánto me honrais: ya lo comprendo
y supuesto que el Rey aquí se acerca (dó
con Raquel, repetid vuestros oficios,
reiterad sumisiones é indecencias,
obsequios afectad interesados; (da
miéntras yo espero á Alfonso, donde puedarle avisos, que mas á mi honor cuadren:
que liberten su solio de una ofensa:
que sosieguen disturbios y alborotos;
que ésta es mi lealtad, esa es la vuestra.
Vase.
Man. Corrido estoy.
Salen Alfonso, Raquel, Ruben y acompañamiento.
Raq. En fin determinado *Llorando.*
estais, Señor, á hacer mas placenteras
las orillas del Tajo, con pisarlas
en medio de los sustos que me cercan?
Alf. Sí, Raquel. Mas tú lloras? Tú suspiras?
Qué temes, Raquel mia? Qué recelas?
No mandas ya en Castilla? No se rigen
á tu arbitrio mis reinos? Ya tu diestra
no es el móvil de todo? En mis dominios
no te obedecen todos y respetan?
No tienes ya poder para vengarte,
si hay alguno tan necio que te ofenda?
No reinas como siempre en mi alvedrío?
Tus órdenes Toledo no venera?
Y en fin, no eres de todo el absoluto
dueño?
Raq. Si, Alfonso; y solo así pudiera
contemplarse de vos menos indigna
mi humildad. Hoy, señor, vereis que acierta
amor en la eleccion que de mí hace,
y que no siempre son sus obras ciegas.
Alf. Sí, Raquel mia: amor te ha coronado.
Y porque tengas desde luego pruebas
de la estabilidad de tu gobierno,
y cuan segura estás aun en mi ausencia,
al placer ordinario de la caza
intento no negarme. Nuevas fuerzas
á las guardias se aumenten de palacio
á mayor prevencion. Así desecha,
Raquel hermosa, esos recelos vanos,
que te causan pesar. Contigo queda
el alma que te adora; y pues me brindan
del Tajo ya las plácidas riberas,
á Dios, bella Raquel.
Vase Alfonso con el acompañamiento.
Raq. El cielo os guarde.
Cuánto, ay de mí, que os ausenteis me pesa!
Qué es esto, congojado pecho mio?
Corazon, qué temor te desalienta?
Qué sustos te atribulan? Ya Castilla,
á mi arbitrio no rinde la obediencia?
Pues, corazon, qué graves sobresaltos
son los que te combaten, y te aquejan?

Sin duda debe ser, que como el cielo
no te crió para tan alta esfera,
como es el solio regio, mal se halla
tu natural humilde en su grandeza.
Tomen egemplo en mí los ambiciosos,
y en mis temores el soberbio advierta,
que quien se eleva sobre su fortuna,
por su desdicha y por su mal se eleva.
Mas cómo así me agravio neciamente?
Mi valor, mi hermosura, las estrellas,
el cielo mismo, que dotó mi alma
de tan noble ambicion, y la fomenta,
no confirman mi mérito? ¿Pues cómo
me puedo persuadir, que exceso sea
de la suerte el supremo, el alto grado,
en que está colocada mi belleza!
El frívolo accidente del orígen,
que tan injustamente diferencia
al noble del plebeyo, ¿no es un vano
pretexto que la mísera caterva
de espíritus mezquinos valer hace
contra las almas grandes, que en las pren-
conque las ilustró pródigamente (das
el cielo, las distingue y privilegia?
No hay calidad, sino el merecimiento;
la virtud solamente es la nobleza.
Sentándose.
Esto supuesto, habeis, Ruben, mandado
disponer mis decretos?
Rub. Ya la hebrea
nacion por mí las gracias te tributa,
por lo mucho, Raquel, que te interesas
en su alivio. Los pechos que pagaba,
los servicios, las cargas y gavelas
están ya suspendidas, y dispuesto
el reintegro tambien de todas ellas
á costa del erario, como mandas;
y porque éste tampoco así padezca,
al pueblo castellano se duplican
los impuestos.
Raq, ¿Razon acaso fuera,
que cuando de este reino los vasallos
en riquezas abundan y en haciendas,
repartiese con pobres extrangeros,
cuya industria y trabajo son sus rentas,
las cargas del estado? Fuera injusta
política.
Rub. Tambien, segun ordenas,
el bando se ha dispuesto, que prohibe,
que dentro de Toledo nadie pueda
armas traer sin el real permiso:
y aunque con la noticia descontenta
está la gente ardiente y belicosa,
viéndose desarmar, que efecto tenga
el mandato á su tiempo, no lo dudes.
Raq. Así se humillará tanta soberbia.
Rub. Las cabezas del público alboroto
se buscan; pues se sabe con certeza,
que no le fomentó Fernan García,
para que se haga un escarmiento en ella.
Raq. Está bien: mas de Hernando las au-
se deben castigar. (dacias
Rub. Ya le destierras.
Man. Y yo, Raquel, que le he notificado
el órden, soy testigo de la fiera
altivez, conque á tí y á tus decretos
vilipendió.
Ra. Pues luego se le prenda: *levantándose*
como á reo de estado se le trate,
y probada su torpe inobediencia,
hoy le vea Toledo en un cadalso,
donde á un verdugo rinda la cabeza.
Rub. Corto castigo á tanta demasía.
Aqueso sí, Raquel: todo perezca,
cuanto á tu elevacion contradijere,
cuanto pueda oponerse á tu grandeza.
Haz que Castilla sienta tus rigores:
de sangre criminal las calles riega:
no quede castellano sospechoso,
que no adore tu planta, ó que no muera.
Raq. Cómo adulan mi oido esas palabras
cómo, Ruben...?
Cast. dent. Sin nota de vileza
ya sufrir mas la lealtad no puede.
Raq. Ruben, qué nueva confusion es esta?
Gar. dent. Reportaos, castellanos: no
desdore
vuestra fama y renombre accion tan fea.
Cast. dent. Es tiranía, ya sufrir no puede
la lealtad sin nota de vileza.
Man. Voces del pueblo son alborotado.
Raq. Del pueblo? qué pretende?
Rub. Acaso intenta
demostrar con su pública alegría,
que en tus elevaciones se interesa.
Cuánta fuerza me hago al pronunciarlo!
Mucho temes, Ruben: mucho recelas.
Raq. Ha de la guardia? Pero qué es aquesto?
Nadie me oye? Ay de mí! Todos me
dejan?

Examina la causa de este exceso,
Manrique.

Man. Al Rey con la mayor presteza
buscaré; que sabiendo tanto insulto,
volará á remediarle.

Raq. Ya mas cerca
el rumor se oye.

Cast. dent. Ya sufrir no puede
la lealtad sin nota de vileza. (todo

Rub. Ay de mí! qué es aquesto? el pueblo
segunda vez se arma en nuestra ofensa.
Dónde me esconderé, que el riesgo evite?

Ra. Ay de mí triste! qué desdicha es esta?
Qué es aquesto, Ruben? No has escuchado?

Rub. Estas son las funestas consecuencias,
que por mas que esforzaba el artificio,
temí de mi ambicion y tú soberbia.
Del extremo peligro en que nos vemos,
ella ha sido la causa: considera
el triste fin, que las maldades tienen,
y huye de tanto riesgo, como puedas.
No pongas mas en mí la confianza,
que no valen ya astucias ni cautelas.

Vase.

Raq. O caduco traidor! Qué tarde llego
á conocerte! Tus inicuas reglas,
tus consejos mi mal han producido.
Y ahora de mí huyes, y me dejas?
Mas ay de mí! O Alfonso descuidado,
con cuán justa razon lloré tu ausencia!
Qué haré? dame remedio ingenio mio.
Mas, ay! qué la atrevida voz sangrienta
entre quejas me intima mi desgracia,
diciendo, que el sufrir es ya vileza.
Ya el tirano cuchillo que el airado
brazo contra mí esgrime, me amedrenta,
y ya parece, que en copiosas fuentes
el humor se desata de mis venas.
Qué horrorosa es la imágen de la Parca
á un alma enamorada! O quién pudiera
revocar con el aire de un suspiro
á Alfonso! Pero ya que se decreta (le,
mi muerte, el contemplar, que es por amar-
menor hace el dolor, menor la pena.
Y vosotros, ministros injuriosos
de la ferocidad y la inclemencia,
llegad apresurados. Qué os detiene?
Dad la muerte á Raquel, que ya la es-
(pera.

Sale García.

Gar. La vida vengo á darte, no la muerte;
aunque no fuera extraño lo temieras
cuando ofendes mi honor con tanto ul-
trage.
El pueblo, ya lo escuchas, la sentencia
fulmina contra tí, y en mil espadas
te amenaza la muerte: su fiereza
ni atiende mi valor, ni mi respeto.
La misma guarnicion, que en tu defensa
ha llegado, comun hace la causa.
Tomadas están ya todas las puertas,
para lograr su intento. Yo, que á Alfonso
venero con la fé mas verdadera,
que cuido del honor de su corona,
y solo sus servicios me desvelan;
cuando todos tu muerte solicitan,
guardo tu vida; mi lealtad atenta,
al salir á la caza, le esperaba,
para avisarle de la torpe y fiera
resolucion del pueblo; mas él ciego,
por adular tu indignacion proterva,
no solo no me oyó; pero ni quiso
admitirme siquiera á su presencia.
Y aunque pudo el desaire retraerme
de mi designio, válgate el ser prenda
de mi Rey y Señor; el ser yo noble;
el ser leal vasallo: mis querellas
personales pospongo á su decoro:
que esto manda el honor y la nobleza.

Raq. Cómo, aleve, traidor?....

Gar. Raquel, no es tiempo
ni de satisfacciones ni de quejas.
Yo soy leal; jamás tu muerte quise,
y si lo quieres ver, tienes la prueba.
Resuélvete, Raquel: á esos jardines
de la torre vecina da una puerta,
que el no uso tiene ya casi olvidada:
criados y caballos, que me esperan,
prevenidos están: el inminente
riesgo salvemos: demos así treguas
á que volviendo Alfonso, se remedie
tan grave mal.

Raq. Ya alcanzo tus cautelas.
Quieres valerte tú de ese artificio,
para hacer tu venganza mas secreta?

Ga. Mira, Raquel, que el tiempo se malogra.

Raq. Muera yo, como nada á tí te deba.

Gar. Advierte, que tu muerte es ya precisa.

Raq. Si te creyese, mas precisa fuera.

Gar. Qué en fin quieres perderte?

Raq. No te escucho.

Gar. No me quieres seguir?
Raq. Estoy resuelta.
Gar. Así mueres sin duda.
Raq. Y si te sigo,
será acaso mi muerte menos cierta?
Ga. Pues si hubiera artificio en mis palabras,
y aspirara á vengarme, no lo hiciera,
impunemente por agena mano
en tanta confusion?
Raq. En vano empleas
razones que no pueden persuadirme;
si falsas, porque es bien guardarme de ellas;
y si son verdaderas, porque el hecho
me llena de rubor y de vergüenza. *Vase.*
Gar. Válgame Dios, cómo permite el cielo,
que los malos se cieguen, cuando intenta
castigar sus delitos y maldades?
Pero qué podrá hacer? Ya la violencia
penetra hasta este sitio.

Salen Alvar Fañez y Castellanos, con las espadas desnudas.

Alv. Fañ. Castellanos,
muera aquesta tirana.
Cast. Muera, muera.
Gar. Bárbaros, cuyo insulto á sacrilegio
pasa ya: qué furor os atropella?
No contiene ese solio vuestras iras?
del lugar lo sagrado no os refrena?
Sois castellanos? Sois...?
Cast. 2. Porque lo somos,
de este lugar vengamos las ofensas.
Alv. Fañ. Y porque nos preciamos de leales,
borrar queremos las indignas huellas,
que le profanan con la sangre misma
del sugeto, que obró la irreverencia.
Ea, pues, castellanos, examine
nuestro cuidado hasta las mas secretas
cámaras de este alcazar; y tú, Hernando,
no hagas á nuestro intento resistencia;
pues tu valor expones á un desaire,
y tu fidelidad á una sospecha. *Vase.*
Gar. O ilusion temeraria! en el delito
cifras la lealtad. O quién pudiera
contener el exceso! Mas si á Alfonso
corro á avisar, Raquel expuesta queda;
si en su defensa expongo yo mi vida
podré lograr acaso con perderla,
librar la suya? O extremos infelices!
Si acaso viendo el riesgo, se aprovecha
de mi aviso Raquel? Hácia el postigo
parto veloz con intencion resuelta
de libertarla, aunque mi vida arriesgo
Pero Ruben...

Sale Ruben.

Rub. O horror! ó muerte! ó tierra!
cómo á este desdichado no sepultas?
Tus profundas entrañas manifiesta,
y esconde en ellas mi cansada vida:
líbrame de los riesgos que me cercan.
Qué susto! qué pesar! nadie se duele
de mí?
Garc. Sí, infame. *Sacando la espada.*
Rub. Tu rigor modera:
ten, Fernando, piedad: no me des muerte.
Gar. Vil consejero, horrible monstruo, fiero,
cuyo aliento mortal inspiró tantas
máximas detestables á esa hebrea,
que por fin su desdicha han producido
y la tuya tambien; aunque merezcas
bien la muerte cruel, que estás temiendo
sabe, que aqueste acero en tu defensa
arma mi brazo.
Rub. Cielos, qué he escuchado?
Gar. Y que á Raquel, si el cielo no lo niega
he de librar á costa de mi vida.
No por ti, infame hebreo: no por ella
por ser leal: por ser García de Castro
y porque el mundo por mis hechos vea
que el noble noblemente ha de vengarse
y que cuando del Rey el honor mengua
á su decoro deben posponerse
propios agravios, y privadas quejas. *Vase.*
Rub. O palabras terribles! cuánto engaño
padece aquel que juzga de apariencias
quién tal creyera de su altanería?
Mas, ay de mí! la débil planta apenas
puedo fijar. Qué sustos, qué congojas
me oprimen! O ambicion cuánto acarrea
de males al que necio te da entrada!
Ya sin duda á Raquel la furia ciega
habrá dado la muerte: ya la mia
se apresura: ay de mí! Pero no es esta?
No es Raquel la que huyendo hácia
quí viene?
ó si evitar pudiese que me viera!

Retírase detrás del solio.

Sale Raquel.

Raq. O muger desdichada! A cada paso
el corazon desmaya, el pie tropieza.
O peligro! ó dolor! De mil espadas

huyendo vengo: ni en la fuga acierta
mi confusion: el miedo me deslumbra.
Ya el tropel se avecina: ya no queda
refugio á mi temor. Lugar sagrado,

Al solio.

cuya ambicion es causa de estas penas,
sed mi asilo esta vez, si otra vez fuisteis
teatro de mi orgullo y mi soberbia:
encubridme á lo menos... mas qué miro?
Tú aquí, Ruben! tú, infame! ya no espera
remedio mi desdicha; pues no pueden,
donde esté tu maldad, faltar tragedias.
Ya ves cómo se lucen tus doctrinas,
maestro infame, que en tu torpe escuela
el arte me enseñaste de perderme.
Castellanos, volad: nada os detenga;
aquí á Raquel teneis, que ya gustosa
morirá, si Ruben muere con ella.

Rub. Cómo, Raquel?.. Si el cielo... mas qué escucho?

Alvar Fañez dentro.

Entrad: no os detengais: romped las puertas
si estorbasen la entrada.

Raq. Ay de mí triste!
qué confusion! qué susto!

Salen Alvar Fañez, y Castellanos con las espadas desnudas.

Castellanos. Muera, muera.

Raq. Traidores.. mas qué digo? Castellanos,
nobleza de este reino, ¿así la diestra
armais con tanto oprobio de la fama
contra mi vida? Tan cobarde empresa
no os da rubor ni empacho? los ardores,
á domar enseñados la soberbia
de bárbaras escuadras de africanos,
contra el aliento femenil se emplean?
presumís hallar gloria en un delito,
y delito de tal naturaleza,
que complica las torpes circunstancias
de audacia, de impiedad y de infidencia?
á una muger acometeis armados?
el hecho, la ocasion no os avergüenza?
será blason cuando el alarbe ocupa
con descrédito vuestro las fronteras,
convertir los aceros á la muerte
de una flaca muger que vive apenas?
qué causa á tal maldad os precipita?
qué crueldad, qué rigor, qué furia es esta?

Alv. Fañ. El hábito, Raquel, de hacer tu gusto,
y tu misma maldad hacen, no veas
las causas, los principios de este enojo:
bien lo sabes, Raquel: bien lo penetras,
y bien tu disimulo nos confirma
la justicia y razon que nos alienta.

Raq. Pues mi delito es mas, que ser amada
de Alfonso? que pagar yo su fineza?
en cuál de estas dos cosas os ofendo?
está en mi arbitrio hacer que no me quiera?
Si el cielo, si la fuerza de los astros
le inclinan á mi amor, en su influencia,
debo culpada ser? puede el humano
alvedrío mandar en las estrellas?
Mas ya sé, que direis, que mi delito
es el corresponderle. Cuando intenta
la malicia triunfar, ¡ó cómo abulta
frívolas causas, vanas apariencias!
Pude dejar de amarle, siendo amada?
¿si un Rey con solo su precepto fuerza
á su imperio, juntando las caricias,
su amor, su halago, las heroicas prendas,
que le hacen adorable, bastaria
algun esfuerzo á hacerle resistencia?
Juzgad con mas acuerdo, ó castellanos:
ved que el enojo la razon os ciega:
remitid esta causa á mas examen:
atended:::

Alv. Fañ. Ya está dada la sentencia.

Raq. Mirad que es la pasion quien la fulmina.

Alv. Fañ. No, tirana: tu culpa te condena.

Raq. Qué en fin he de morir? aqueste llanto...

Alv. Fañ. No nos mueve, Raquel: no tiene fuerza.

Raq. Lo negro de la accion no os horroriza?

Alv. Fañ. Si de la patria el bien se cifra en ella,
timbre la juzgarán, y si de Alfonso
el honor restauramos, es proeza.

Raq. Y su honor restaurais, cuando atrevidos
muerte le dais? sabeis que se aposenta
su alma con la mia? que es mi pecho
de su imágen altar? que de las fieras
puntas que penetraren mis entrañas,
es fuerza que el dolor las suyas sientan?
no veis que él morirá, si yo muriere?

Alv. Fañ. El rayo del furor la torpe hiedra
abrasará sin que padezca el tronco

que ella aprisiona con lascivas vueltas.
Raq. El amarle llamais ?...
Alv. Fañ. Amor te mata;
si él te ofende, Raquel, de amor te queja.
Raq. No, traidores; no aleves; no cobardes,
y si porque amo á Alfonso me sentencia
vuestra barbaridad, no me arrepiento:
nada vuestros rigores me amedrentan.
Yo amo á Alfonso, y primero que le olvi-
primero que en mi pecho descaezca (de,
aquel intenso ardor conque le quise,
no digo yo una vida, mil quisiera
tener, para poder sacrificarlas
á mi amor. Qué dudais? Mi sangre vierta
vuestro rigor. Al pecho, que os ofrezco
tan voluntariamente, abrid mil puertas;
que no cabrá por menos tanta llama,
tanto ardor, tanto fuego, tanta hoguera.
Rub. A lo menos Ruben sin defenderse,
Sacando el puñal.
no ha de morir.
Alv. Fañ. Matadlos. Mas no sea
nuestro acero infamado con su sangre.
Este hebreo, que el cielo aquí presenta,
ha de ser, castellanos, su verdugo.
Tú, Ruben, si salvar la vida intentas,
pues consejero fuiste de sus culpas,
ahora egecutor sé de su pena.
Raq. O cielos, qué linage de tormento
tan atroz!
Rub. Yo!...
Alv. Fañ Ruben, no te detengas,
Poniéndole la espada al pecho.
si pretendes vivir.
Rub. Pues no hay remedio,
Hiérela.
conserve yo mi vida, y Raquel muera.
Raq. Ay de mí!
Alv. Fañ. Pues está ya herida, huyamos.
Vase Alvar Fañez y castellanos.
Raq. Tú me hieres, Ruben? Tú? Satisfecha
no estaba tu maldad con haber sido
la causa de perderme: dura pena!
sino que eres, infame, el instrumento
de mi muerte tambien? Mas no es tu dies-
hebreo vil, la que me da la herida: (tra,
amor me da la muerte. Qué torpeza
mis miembros liga! Amado Alfonso mio,
dónde estás? Qué descuido así te aleja?
así morir consientes á quien amas?
en tanto mal, á quien te adora dejas?
Vuela, Alfonso: Ay de mí! ó amor! ó m
Apoyándose en la silla.
Y tú, ó trono, que causas mi traged
ayuda á sostener el cuerpo débil,
que el alma desampara: Alfonso, ve
y recibe este aliento, que el postrero
es de mi vida. Ay Dios! Qué mal se es
el corazon! Alfonso... amado Alfons
Qué te detiene? Cómo á ver no lleg
Cayendo al pie de la silla.
Salen Alfonso y Manrique escuch
Alf. Cierta es ya mi desdicha. Mas qué
Precipitado hácia Raquel.
Raquel! Ay infeliz! Raquel! tú mu
Raq. Sí: yo muero: tu amor es mi del
la plebe, quien le juzga y le conde
Solo Hernando es leal: Ruben, qué
me mata: y yo por tí muero conte
Muere.
Alf. Ay infeliz de mí! ó amor! ó golp
duro y mortal! ó mano infame y fi
Raquel mia, mi bien, quién de esta s
de púrpura tiñó las azucenas?
cuál fue el aleve, cuál el fiero brazo
que la flor arrancó de tu belleza?
qué tempestad furiosa descompuso
tu lozanía? qué envidiosa niebla
abrasó los verdores de tu vida?
qué venenoso aliento, qué grosera
planta infame ultrajó tus perfeccion
quién el cobarde fué, que en tu inoce
ensangrentó el acero? Dueño amad
mi Raquel: no me oyes? tú te nieg
á Alfonso? Dadme muerte, penas mi
Contigo glorias los pesares eran,
y sin tí ya, qué puedo prometerme
que no sea dolor, pesar no sea?
Mas muerta tú, yo vivo, y no te ve
Qué es aquesto, dolor? Qué es esto, o
Pero no dices tú, Ruben me mata?
Cuál el motivo fué? Pero qué necias
mis dudas son, Raquel. Tú, no le ac
Pues muera este traidor, y con él mi
tan
cuantos... Mas cielos... O cruel! alar
Reparando en Ruben.
haciendo estás de tu delito?
Rub. Templa
el furor un momento, mientras digo

Alfonso, mi disculpa.

Alf. Puede haberla,
traidor, para una accion tan horrorosa?

Rub. De tus mismos vasallos la violencia,
el temor de la muerte y su amenaza
me han obligado á hacerlo.

Alf. O vil empresa!

Tómale el puñal.

Y esa es disculpa? Amado dueño mio,
en venganza recibe de tu ofensa

Hiérele.

la vida de este aleve por primicias
de otras muchas. Las lóbregas tinieblas
del infierno sepulten tus maldades.

Rub. Quien con ellas vivió, muera por ellas.

Cayendo.

Sale García. Alfonso. . Pero qué es lo que
estoy viendo?

Alf. La mas infame hazaña, la mas fea,
la maldad mas obscura y detestable.
Muerta ves á Raquel á la violenta
furia de mis vasallos.

Garc. Qué desdicha!
Yo, Alfonso...

Alf. Tu lealtad, y tu nobleza
sé ya, Hernando: Raquel la ha publica-
(do.

Man. Sí, García: muriendo la confiesa.

Alf. Mas al cielo protesto, que es testigo
de accion tan inhumana y tan sangrienta;
á los hombres, que el hecho escandaliza
al mundo, que le culpa y le detesta,
á la fidelidad de los leales,
á mí mismo, á ese trono, cuyas regias
prerogativas se hallan ultrajadas,
y á ti, ó Raquel, que con tu sangre riegas
de este lugar el trágico distrito,
la mas atroz venganza; porque vean,
los que tengan noticia de la injuria,
que si hubo quien osase cometerla,
tambien hubo quien supo castigarla.
Venganza, amor: quien te ha ofendido,
muera.

Salen Alvar Fañez y Castellanos.
Alvar Fañez de rodillas.

Dices, Alfonso, bien; y si pretendes
satisfaccion tomar de esta, que ofensa
acaso juzgarás, y por servicio
reputamos nosotros, las cabezas
á tus pies ofrecemos, que no importa
morir, cuando tu honor vengado queda.

Alfonso poniendo la mano en la espada.

Cómo, traidores?... Cómo, desleales?...

Gar. Señor, si con vos tiene alguna fuerza

Deteniéndole.

mi ruego, reprimid vuestros enojos;
á la justicia remitid la queja:
Mirad, señor, que el zelo los disculpa.

Alf. Tienes razon que el santo cielo ordena,
por mas atroz que sea su delito,
que quien lo cometió, disculpa tenga.
Yo tu muerte he causado, Raquel mia:
mi ceguedad te mata: y pues es ella
la culpada, con lágrimas de sangre
lloraré yo mi culpa, y tu tragedia.
Yo os perdono, vasallos, el agravio:
alzad del suelo, alzad: sírvaos de pena
contemplar lo horroroso de la hazaña,
que emprendisteis en esa beldad muerta.

Todos. Confusion y dolor causa su vista.

Garc. Escarmiente en su egemplo la sober-
bia:
pues cuando el cielo quiere castigarla,
no hay fueros, no hay poder que la de-
fienda.

FIN.

VALENCIA:
Imprenta de Domingo y Mompié.
1821.

EN DICHA LIBRERÍA SE HALLARAN LAS COMEDIAS SIGUIENTES.

73 Abrìstela y Lisidante.
223 A falta de hechiceros lo quieren ser los Gallegos, y asombro de Salamanca.
29 Afectos de odio, y amor.
25 Agradecer y no amar.
165 A lo que obligan los zelos.
98 Amado y aborrecido.
102 Amar despues de la muerte.
59 Amigo, amante y leal.
164 Amor, astucia y valor.
194 Amor y virtud á un tiempo.
196 Antes que todo es mi Dama.
17 Argenis y Poliarco.
21 A secreto agravio secreta venganza.
60 Basta callar.
167 Bien vengas mal.
115 Caer para levantar.
186 Cada cual á su negocio.
108 Cada uno para sí.
14 Caprichos de amor y zelos.
150 Cárlos Quinto sobre Tunez.
2 Casa con dos puertas mala es de guardar.
105 Céfalo y Pocris.
228 Cómo á Padre y como á Rey.
204 Como han de ser los amigos, y el Non Plus Ultra de la amistad
92 Con quien vengo, vengo.
163 Contra valor no hay desdicha.
54 Cuál es mayor perfeccion.
196 Cuando no se aguarda, y Principe tonto.
113 Dar la vida por su Dama.
80 Darlo todo y no dar nada.
67 Dar tiempo al tiempo.
183 David perseguido, y montes de Gelboé.
265 Defensa de Barcelona por la mas fuerte Amazona.
144 Del Cielo viene el buen Rey.
53 De una causa dos efectos.
71 Dicha y desdicha del hombre.
161 Duelos de amor y desden, en papel, cinta y retratos.
104 Duelos de amor y lealtad.
259 Donde hay agravios no hay zelos, y Amo Criado.
195 Eco y Narciso.
179 El Amor mas desgraciado, Céfalo y Procris.
181 El Amor mas verdadero.
321 El Arca de Noe.
195 El Asombro de Tarquía, y valiente Toledano.
153 El Asombro de Jeréz y terror de Andalucía, D. Agustin Florencio.
232 El Asombro de Jeréz. Juana la Rabicortona.
22 El Astrólogo fingido.
41 El Ayo de su Hijo.
162 El Bandido mas honrado y que tuvo mejor fin, Mateo Vicente Benet.
324 El Baron.
217 El Bruto de Babilonia.
188 El Caín de Cataluña.
273 El Calderero de San German.
130 El Cascabel del demonio.
106 El Castillo de Lindabridis.
206 El Catalan Serrallonga, y Bandos de Barcelona.
171 El Cerco de Roma por el Rey Desiderio.
122 El Conde Alarcos.
128 y 129 El Conde de Saldaña, y hechos de B nardo del Carpio. Dos partes.
45 El Conde Lucanor.
156 El Defensor de su Agravio.
46 El Delincuente honrado.
211 El Divino Nazareno Sanson.
252 El Dómine Lucas.
40 El Encanto sin encanto.
236 El Ermitaño galan, y Mesonera del Cielo.
84 El Escondido y la Tapada.
125 El Falso Nuncio de Portugal.
301 El Galan fantasma.
83 El Garrote mas bien dado, y Alcalde de Z meda.
119 El Genizaro de Hungría.
47 El Golfo de las Sirenas.
42 El gran Príncipe de Fez, D. Baltasar de Loyo
43 El Hijo del Sol Faeton.
229 El Honor da entendimiento y el mas bobo be mas.
230 El Honor es lo primero.
55 El Jardin de Falerina.
263 El Job de las mugeres, Santa Isabel Reina Ungría.
168 El José de las mugeres.
148 El Juramento ante Dios.
33 El Laurel de Apolo.
181 El Licenciado Vidriera.
117 El Maestro de Alejandro.
26 El Maestro de danzar.
218 219 220 221 y 222. El Mágico de Salerno, ci co partes.
68 El Mágico prodigioso.
205 El mas heroyco Español, lustre de la an güedad.
200 El mas temido Andaluz, y guapo Franci Estevan.
262 El mas valiente Andaluz, Antonio Bravo.
13 El mayor encanto amor.
19 El mayor Monstruo los zelos, y Tetrarca Jerusalen.
111 El Médico á palos.
16 El Médico de su honra.
137 El Milagro por los zelos, y Don Alvaro Luna.
39 El Monstruo de los jardines.
176 El Montañés Juan Pascual.
126 El Negro mas prodigiosó.
179 El Ofensor de sí mismo.
134 El Pintor fingido.
257 El Polifemo.
37 El postrer duelo de España.
12 El Príncipe constante, y Mártir de Portug
143 El Príncipe de los montes.
151 El Príncipe prodigioso y defensor de la Fe.
199 El Príncipe Villano.
3 El Purgatorio de San Patricio.
166 y 167 El Rayo de Andalucía y Genízaro España. Dos partes.
329 El Rencor mas inhumano de un pecho ale y tirano, ó la Condesa de Jenovitz.